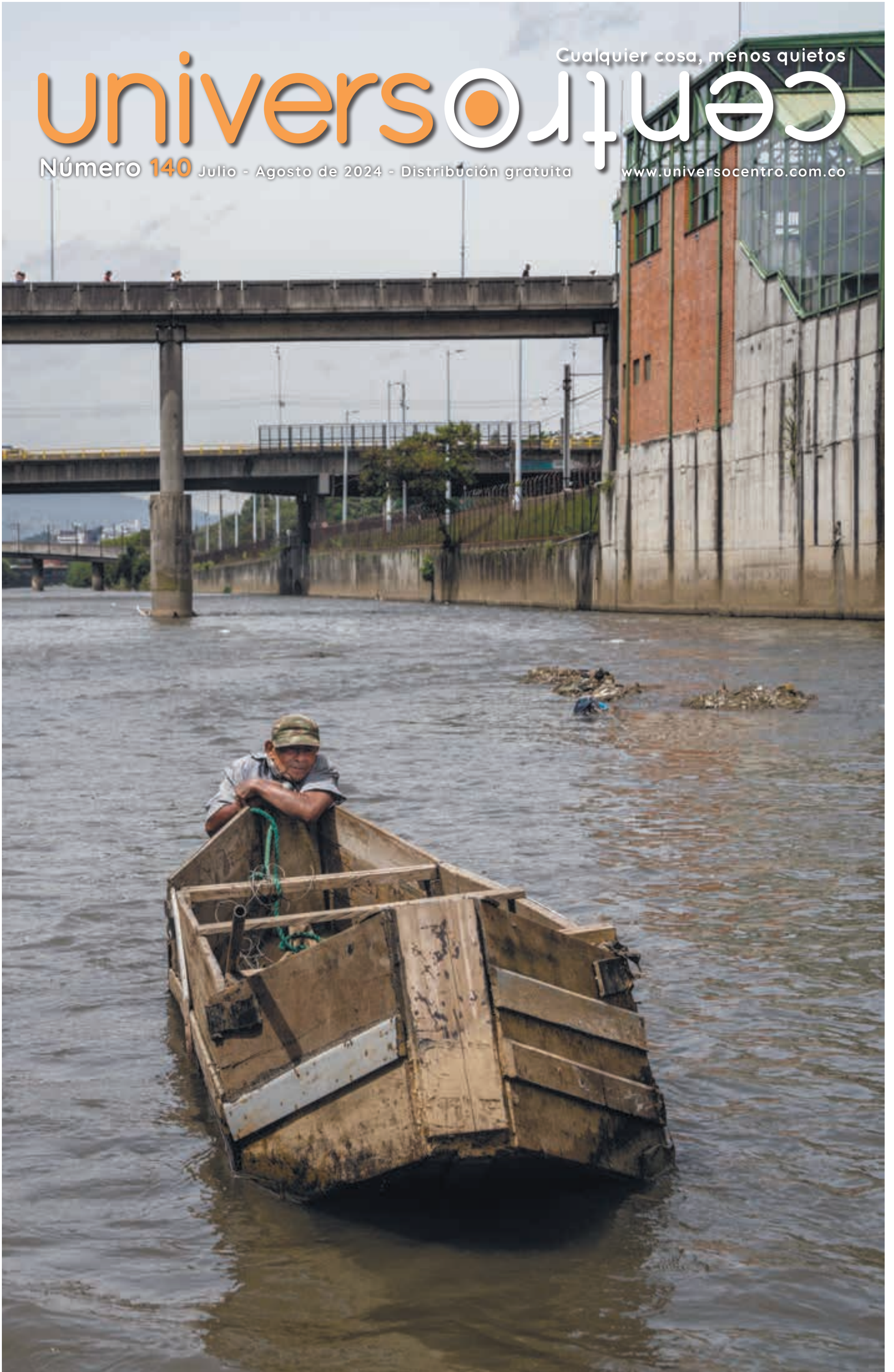


universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número **140** Julio - Agosto de 2024 - Distribución gratuita

www.universocentro.com.co



Sobar la bestia

Desde hace más de una década Venezuela no es frontera. Es un país dentro de otro, una gran parte de una sociedad que busca cobijo, trabajo y escondite en territorios afines. Una huida digna, podría llamarse para ser crueles. Un veinticinco por ciento de los venezolanos, casi ocho millones de personas, vive fuera de su país. La gran marcha es creciente. El año pasado salieron de Venezuela cerca de un millón y medio de personas, la mayoría en busca de la frontera sur de los Estados Unidos. En Colombia los números de salidas y entradas se han estabilizado en los últimos dos años. Incluso el retorno ha reducido un poco el número de venezolanos en el país, que a 2024 se estima en dos millones setecientos mil personas, una tercera parte de toda la diáspora.

Es fácil darle un poco más de significado a esa cifra: son 560 000 niños, niñas y adolescentes estudiando en el sistema de educación básica y media en Colombia, el diez por ciento de los habitantes de Medellín son venezolanos, un millón y medio de venezolanos están afiliados a nuestro sistema de seguridad social, entre 2020 y 2023 han nacido en el país 181 000 niños y niñas de madres venezolanas.

La xenofobia cunde en un país donde los temores frente a la inseguridad y las tragedias de la violencia se repiten. Siempre será más fácil culpar a un acento distinto, a un enemigo reconocible por sus gustos y sus papeles sin regla. Ahora es más válida que nunca la pregunta por la nacionalidad, el patriotismo, la solidaridad. ¿Por qué nos duele más el sufrimiento de un colombiano que el de un venezolano? ¿Qué hay detrás del mayor sentido de hermandad con los nacidos en nuestras ciudades que con quienes nacen en San Antonio del Táchira o Caracas? Compartir un territorio, una historia común, unas hazañas y unas tragedias colectivas, unos gustos de oído y paladar... Todo eso es lo que llamamos nacionalidad. Cada vez más venezolanos, con Permiso por Protección Temporal, tienen más afinidades con quienes portamos la cédula colombiana. Las elecciones en Venezuela se convirtieron en un partido en nuestra cancha. En últimas, los venezolanos conforman la segunda "ciudad" más grande del país.

Más que la aversión o la afinidad ideológica, lo que debería fijar nuestra atención en la encrucijada venezolana es la cantidad de gente cercana que

sufre la incertidumbre de lo que puede pasar con el régimen corrupto, violento e ilegítimo que gobierna aquí al lado. Las manifestaciones de venezolanos en las principales capitales de Colombia nos dan una idea del desarraigo, la esperanza de un regreso posible y la impotencia frente a esa "unión cívico, militar, policial" con la que se autodefine la dictadura que regenta Nicolás Maduro.

Venezuela tiene un panorama de violencia indiscriminada a la vista. Ni siquiera una salida incruenta del régimen podría asegurar que no se viene un aumento de los homicidios, la criminalidad y el caos. Los colectivos, una policía política motorizada que defiende al gobierno, son un actor de intimidación y control barrial. La violencia y las ayudas oficiales son sus armas. Pero durante la crisis electoral han encontrado rivales de peso. Las bandas puras y duras parecen haber entrado a la política y ahora advierten a los colectivos: no más violencia contra la gente y si el gobierno tiene que irse, que se vaya, podemos ayudar a empujarlo. Caracas tiene una tasa de cincuenta homicidios por cien mil habitantes. Es una ciudad bien enfierrada después de años de un gobierno militar dedicado a armar civiles como respaldo. Para una simple comparación: Bogotá y Medellín tienen una tasa de catorce homicidios por cien mil habitantes.

El año pasado, en septiembre, el gobierno venezolano necesitó once mil militares y policías para intervenir la cárcel de Tocarón en Caracas, sede central del Tren de Aragua. La criminalidad tiene alcances muy similares, o incluso mayores, a los que han tenido actores armados en nuestro país. Por no mencionar el papel del ELN y la Segunda Marquetalia como invitados de honor. No solo la diplomacia tendrá juego en lo que viene en Venezuela. Militares, colectivos, bandas, bandolas, guerrillas... Todo el plomo en el asador.

Mientras tanto, Brasil, México y Colombia intentan un milagro. Que se respeten los resultados electorales, que todo el mundo quede contento, que se acaben las manifestaciones, que vuelva la confianza en la democracia, que no haya violencia, que Edmundo sea feliz y que Maduro y María Corina se resignen cada uno en su esquina. Hasta ahora todo ha sido sobar la bestia con la confianza de que se pueda adormecer. El régimen habla de buenos propósitos y aplaude el comunicado de Lula, Petro y Amlo, pero gruñe al interior, Diosdado

dice que va a joder a la oposición, Maduro anuncia dos cárceles de máxima seguridad para reeducar a quienes protestan, Tarek William Saab, fiscal general, amenaza con penas de veinte años a María Corina Machado. Y también hay hechos: dos mil detenidos, al menos trece muertos durante las protestas, los ataques a opositores con "credenciales" o a simples ciudadanos que se riegan por las redes.

Los tres presidentes componedores piden verificación internacional. Las actas se han convertido en una ficción gubernamental, una manera de darle cuerda al reloj del gobierno, acostumbrado a tomarse su tiempo. En abril de 2013, cuando Maduro venció a Capriles por estrecho margen en las presidenciales, se comprometió a hacer una auditoría del cien por ciento de las actas de las elecciones del 14 de abril. Once años después, cuando Unsur es solo una sigla, la auditoría es todavía una promesa. Los tres curanderos para los males o los bienes del gobierno piden un poco más de tiempo. Masajes y placebos parecen ser la receta. Piden, además, que haya una salida digna para quienes llevan veinticinco años en el poder. Solicitan el fin de las sanciones individuales, por parte de Estados Unidos y la Unión Europea, a la cúpula del chavismo. ¿Podrán Lula, Petro y Amlo mover al régimen? No hay buenos augurios. Hasta ahora todos los intentos frente a las crisis venezolanas han fracasado: las sanciones económicas, la amenaza del uso de la fuerza, la negociación

multilateral, los cercos diplomáticos, la mano tendida, el caballo de Troya.

Los militares tienen la llave. Manejan doce de los 34 ministerios. Mandan sobre la minería, el petróleo y la distribución de alimentos. Manejan la gruesa y la menuda. ¿Es posible la traición al presidente? ¿Puede romperse el círculo de complicidad y terror? ¿La voz y la rebeldía de unos pueden acabar con esa coalición, pandilla y cuartel de 340 000 "soldados de la patria"? "¡Chávez vive!", es el saludo oficial de las fuerzas armadas. Cayeron ocho estatuas del comandante eterno, pero hay vida más allá del pedestal.

Desde hace más de veinte años comenzó Chávez su camino autoritario. Algunas veces empujado por una oposición errática entre los llamados al golpe o al abstencionismo. Abusos de autoridad, sectarismo, violencia física contra periodistas y opositores, burlas legales, prepotencia y agresividad, ventajismo electoral... Todo eso se ha sembrado desde hace dos décadas y ha crecido bajo buena sombra y mucho abono. Maduro es solo una copia burda, débil y gris de Hugo Chávez. Algo así como un dictador subordinado.

Lo peor es que todavía las apuestas están cincuenta-cincuenta en el tablero. ¿Estamos en el momento definitivo o en el inicio de un nuevo marasmo político y social en Venezuela? El desánimo, el éxodo y la apatía son las buenas noticias para los dictadores. La modorra es su reino. Y el tiempo, el mejor aliado para asegurarlo. ©



DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– David Eufasio Guzmán

– María Isabel Naranjo

– Andrea Aldana

– Santiago Rodas

– Simón Murillo

– Estefanía Carvajal

PRODUCCIÓN EJECUTIVA

– Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Manuela García

CORRECCIÓN DE TEXTOS

– Gloria Estrada

ASISTENCIA DE COMUNICACIONES

– Laura Almanza

Esta es una publicación de la Corporación Universo Centro

Distribución gratuita

Número 140 Julio - Agosto 2024

Versión impresa - 10 000 ejemplares



universo
centro

universocentro.com.co

universocentro@universocentro.com

APÓCRIFOS PARA EL SEÑOR K

por FERNANDO MORA MÉLENDEZ

• Ilustración de Camila López

Cien años hace que un joven de la judería de Praga, tras su jornada como empleado en una firma de seguros, urdió relatos que semejan pesadillas a plena luz, como ese en que a un tipo lo llaman a trabajar a un castillo, pero al llegar allí no se sabe quién o por qué lo ha contratado. Los infiernos portátiles de estos seres que tienen líos con el padre, con una culpa ciega, o con la justicia, en su mayoría no se publicaron en vida del autor, pero apenas Max Brod los salvó del fogón, desvelaron a devotos y a profanos. Sus raros purgatorios sorprenden al lector de a pie mientras críticos y exegetas aún tiran del ovillo para enredar más la pita. Y pese a ello, lejos de los tribunales del sentido, leer al señor K nos depara una renovada inquietud, acaso feliz, en la que se agradece un ingenio como el suyo que se ocupó de contar esos trances que hemos padecido alguna vez, en la antesala de un reclamo, entre ventanillas de una atroz institución o cuando intentamos demostrar, aves migratorias, que pese a ser colombianos, somos inocentes. Es cuando más de uno pensará cómo se llamaría lo kafkiano antes de Franz.

En su honor, dejamos a los lectores estas versiones, a la manera de otras plumas del bestiario literario, de uno de los pocos cuentos que mojó tinta cuando el señor K vivía, metamorfoseado en empleado.

Como se sabe, el manuscrito sobre la alimaña, escrito en alemán, dice así:

“Al amanecer, luego de un sueño intranquilo, Gregorio Samsa se despertó convertido en un horrible insecto”.

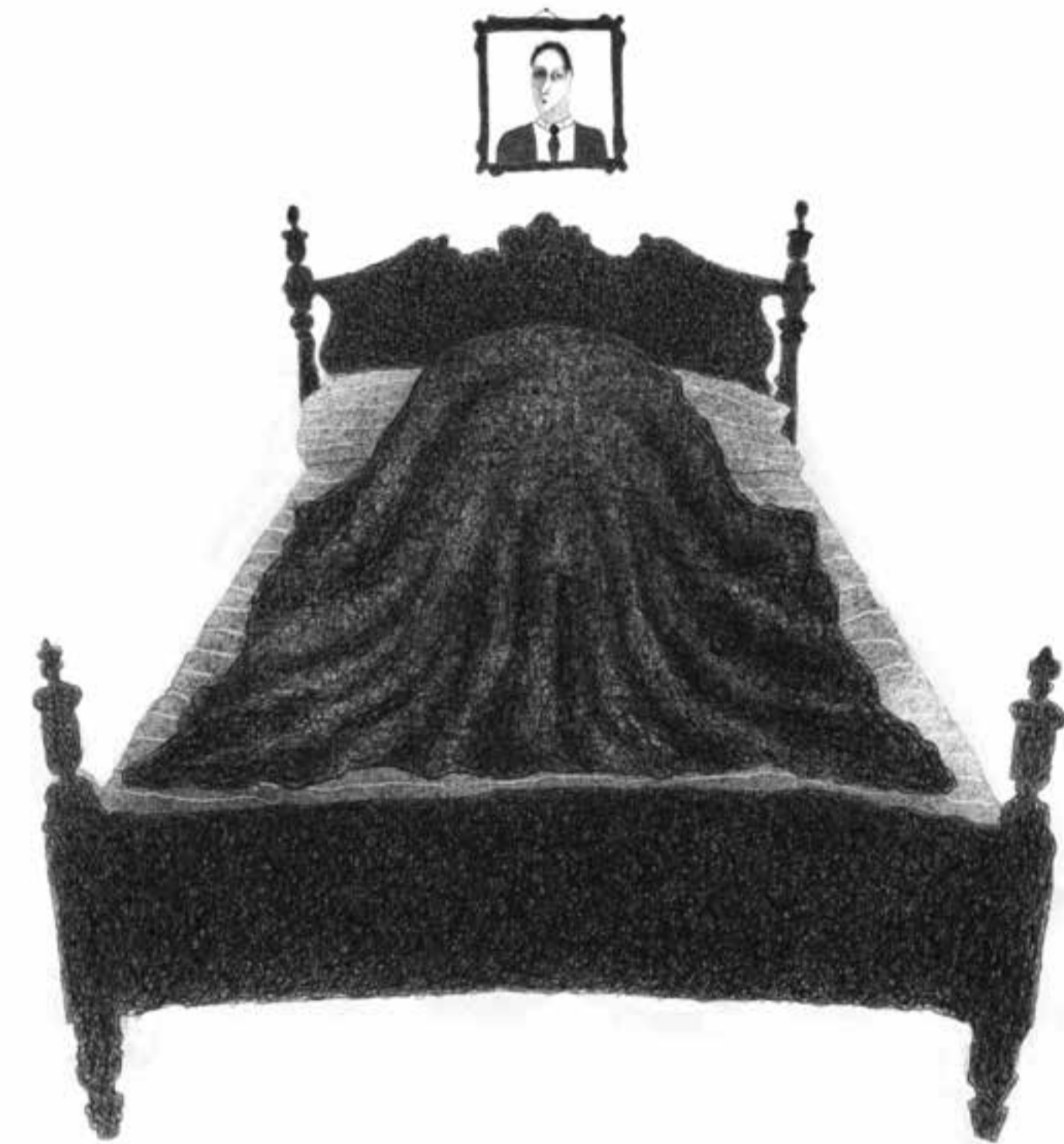
Ahora, juzguen ustedes las secuelas que la fábula prohija como hierbas silvestres que le roban sus nutrientes a la planta principal.

De mañana, ¿quién en un sombrío cuarto, tras un sueño inconstante, no despierta convertido en un grillo que replica por qué debe chirriar como insecto lo que no pudo cantar como alondra?

Emily Dickinson

Era inevitable. Acosado por la peste del insomnio, Gregorio Buendía se encontró una noche dando vueltas en la cama. Al amanecer, como si soñara despierto, solo necesitó un segundo para verse en el espejo convertido en un horrible insecto con cola de cerdo.

G.G.M.



A la mañana, ¿por qué no en la tarde? ¿Por qué en Praga y no en Colombia?, este país de endriagos y canallas donde un bello muchacho llamado Gregorio despertó al lado mío, convertido en un horrible bicho, un hijueputa escarabajo.

Fernando Vallejo

Antes que me hubiera aficionado a licor alguno, jugué mi corazón al yagé y me lo ganó la ocurrencia de amanecer convertido en una hormiga tambocha.

José Eustasio Rivera

Una bella mañana en Highbury, un joven antes agraciado por una bella fortuna despertó en el cobertizo, con un traje astroso que en principio no le hacía honor a su estirpe, pero como bien se supo luego, más que humano era una liendre aún no reportada para la ciencia y que, de seguro, no resultaba ser interesante para ninguna dama del condado, a no ser que...

Jane Austen

Por la yacija revuelta del saturnal insomnio Gregory Samsa despierta Travestido en coleóptero,

Como lo pinta la fábula Creyendo que esto es sueño Cual Segismundo en celda Pesadilla de Calderón, Que en el alba es hórrido Trocarse en cucarrón.

¡Albur!, ¡albur! ¡El raro albur!

Si pluguiera gritaría Desde el hórrido lecho ¡Yo soy Samsa, y no un grajo cualquiera!

A las lides de oficina vine hecho Ducho en libranzas y estipendios ¡El de gatuna testa y andar sombrío! Nunca de antenas congénito Ni con la panza hidrópica y las ríspidas patas de entomólogo escarnio. ¡Yo, señores soy Samsa Y si vine al mundo en Praga No por ello he de ser plaga!

León de Greiff

A las seis me despertó la sirvienta, y yo estaba sueñe que sueñe, a lo gogó, uno de esos sueños en que uno no es que pregunte quién es ni ninguna de esas tontearías, pero pailas si el que despierta soy yo, Gregorito Samsa, vuelto nada en una

acera de la Sexta, y siente que no vas a salir nunca de ese viaje de hongos, y te quedás varado como tronco que lleva el Pance, antes de que llegue el tombo a patearte como a escarabajo pelotero para toda la vida, ¡jayayai, Micaela se botó!

Andrés Caicedo

Que nadie rebaje a lástima la conversión de un hombre en cucaracha. Pascal prefigura un horror opuesto, la del insecto transformado en hombre. En el libro VIII de *La Metamorfosis*, Ovidio define que devenir en monstruo es tan trivial como cambiar de traje. Un sastrecillo es valiente si antes de ver el traje puede ver al monstruo. No así piensa Claudio Eliano, que prefirió el rebuzno por ironía, y Diógenes Laercio, que llamó al humano *Animal bipes implume*. Kafka prefiere despertar en insecto y no en Gólem como quería el rabino. La parábola es tan antigua como las etimologías. Plinio el Viejo soñó despertar siendo un somormujo que soñaba ser Plinio el Joven. Que otros despierten creyéndose dioses o adivinos. Kafka nos ha legado una fábula simple y no menos elusiva, la de ser cualquier cosa menos lo que merecemos.

J.L. Borges ©



Los testamentos y mortuorias, más allá de una enumeración de bienes y un listado de herederos, son piezas claves de un gran mosaico que retrata fragmentos de la vida cotidiana y familiar de la Antioquia colonial. A continuación se reconstruye la vida de un alma que nació esclavizada y murió libre, y cómo se preparó para su último aliento.

Cuando Dios se sirva de llevarme

por FELIPE OSORIO VERGARA • Ilustración de Tobías Arboleda

“En otro tiempo llenabas / de consuelo a esta, tu hija / mas ya solo le dais pena / cuando en tu ocaso te mira / pues al ver, que ya tus luces / cuando más de lleno brillan / el nuestro en tinieblas dejan / y a otro hemisferio caminan”.

Fragmento del romance *Llora el real monasterio de Santa Clara la partida de su benefactor Solis*. Francisco Antonio Vélez Ladrón de Guevara, siglo XVIII.

Las petacas, posiblemente con el cuero ajado tras varios años de atravesar cordilleras, valles y planicies, eran amarradas a las mulas con lazos de cabuya. Previamente, Pedro García había puesto unas enjalmas rellenas con lana sucia para acolchar la carga y no lastimar el lomo de los animales, a la vez que debió haber repartido el peso para que pudieran mantener el equilibrio en los desfileros que estaban por sortear. “Los muleros son, y eso no con injusticia, tan delicados que dejan reempacar las petacas cien veces y pesarlas para que ninguna de las dos compañeras tenga una libra más que la otra”, escribía Alexander von Humboldt en 1800, tras su viaje a Nueva Granada. Dentro de las petacas iba la mercancía: una libra de tela solimán, dos ceñidores de lana, veinte varas de listones de raso colorado, un limpia-dientes de oro, doce barras hechizas de punta (probable insumo para telares o teñido de tejidos), un dedal de plata, un cintillo de perlas, un par de medias de seda azul usadas, calzones de estameña inglesa, una frazada, un rosario de hueso, tres paños de agujas, zarcillos de vidrio, dos libras de ajos, un par de zapatos, una pesa para oro, una imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá con marco, y un puñal con chapa, brocal y contera de plata. Antes de partir, García concertó con el contador don Cristóbal Pedroso un préstamo de dieciocho pesos de oro de a veinte quilates por concepto de una mula y una carga de harina de trigo para el viaje.

Era septiembre de 1701 cuando Pedro García salió de Santafé de Bogotá con su recua cargada y sus bolsillos vacíos. Había viajado desde Santa Fe de Antioquia, donde vivía, para acompañar, a cambio de 38 pesos de oro, al mercader Jorge Antonio Jaramillo. Sin embargo, Pedro García también aprovechaba esos viajes de asistente para comprar algunos bienes que podría revender en su tierra natal; era un comerciante minorista. “Hice concierto con Jorge Antonio Jaramillo de Andrade de asistirle de ida y vuelta hasta esta ciudad en el viaje que hizo a la ciudad de Santafé de Bogotá y me concerté con el dicho en 38 pesos de oro, de los cuales me había de dar 30 en Santafé y los 8 restantes después del viaje”, dictaba García en su memoria testamental el 10 de octubre de 1701.

En Santafé de Bogotá, como capital del Nuevo Reino de Granada, se conseguía todo: telas, porcelanas, joyería, calzado, y productos importados de la Metrópoli o del resto de Europa. Allí también llegaban los textiles desde los obrajes de El Socorro, la harina de trigo de los molinos de Tunja y todos los productos artesanales hechos en la Nueva Granada. Si bien el mayor puerto comercial era Cartagena de Indias, las mercancías que allí entraban eran embarcadas por el río Magdalena hasta Honda y Mariquita, y después se subían a lomo de buey o mula hasta Bogotá.

Los bienes importados eran muy costosos debido a los altos impuestos. “Había impuesto por entrar al puerto de Cartagena, impuesto por salir del puerto, impuesto por la venta, y a medida que se iba pasando por los puntos de verificación por el río Magdalena también se pagaba un impuesto. Cuando por fin se entraba a Santafé de Bogotá, se tenía que hacer un registro de los productos que llegaban y debía coincidir con el registro de entrada en Cartagena; y eso también tenía un costo”, explica la historiadora Laura Carbonó. Por eso, los altos impuestos y trámites motivaron un floreciente contrabando, sobre todo de telas.

García y Jaramillo, quienes habían viajado con otros comerciantes a la capital, debieron quedarse varios días comprando los encargos que tenían, regateando telas allá, cotizándolas acullá, y recorriendo los diferentes almacenes, depósitos y tiendas que demarcaban la

Calle Real de Santafé. En las noches, el grupo de comerciantes antioqueños debió pernoctar en las chicherías o pulperías de San Victorino, que ofrecían, por pocos tomines, improvisadas camas o esteras, con colchas de bayeta basta o lana gruesa para hacerle frente al frío altiplánico, que se cuajaba en las madrugadas santafereñas. Y quién sabe si también se disipaban participando de los jolgorios nocturnos, que tanto aterraban a la chapetonada y al estirado criollaje, en donde las alpargatas se cruzaban con el pie limpio para bailar contradanzas, bundes, torbellinos y minués populares, acompañados con vihuelas, tiples y tambores que retumbaban entre totumadas de chicha, guarapo, aguardiente y humaredas de tabaco socorran: escena variopinta donde los “libres de todos los colores” les hacían el quite a los rígidos corsés morales y religiosos de su tiempo.

Un patrimonio entre trama y urdimbre

Para Pedro García, el solo hecho de poder moverse a voluntad, por ejemplo, viajando a Santafé de Bogotá, ya era una victoria enorme y gran muestra de libertad. Él era liberto, exesclavo de Mateo de Arellano. La mortuoria 5191 del tomo 222 del Archivo Histórico de Antioquia no da pistas sobre cómo logró su libertad, lo cierto es que “Pedro García, el negro libre”, como se le dice repetidas veces en el caso, sabía firmar, tenía una hija menor de edad, una casa y bienes significativos.

Lo más seguro es que no fuera la primera vez que salía de Santa Fe de Antioquia con los grupos de comerciantes, pues en su casa de la ciudad tenía petacas —tipo de arca o maleta de madera o cuero, usada como equipaje para amarrar de animales de carga—, prueba de sus constantes viajes. Igualmente, el hecho de que el contador Pedroso le hubiera prestado dinero en Santafé de Bogotá evidencia que ya lo conocía y le tenía confianza. Sobre esto, la historiadora Laura Carbonó apunta que en el período colonial existían los “vínculos de confianza”, en donde la palabra era sagrada y se articulaba la confiabilidad de una persona a través de diferentes círculos sociales: familiares, étnicos, de amistad y de origen. Así, lo más seguro es que Pedro García tuviera redes de confianza, contactos y beneficio mutuo con el gremio de los mercaderes y comerciantes, y no solo los asistiera en el viaje a cambio de dinero, sino que también aprendía de ellos, intercambiaban mercancías y se hacían préstamos.

Y es que el comercio le había permitido tener ciertos bienes a García. Tenía un caballo, dos sortijas de oro (una de ellas engastada en piedra de cruz), un crucifijo de oro, ocho arrobas de tabaco, un machete bueno, cajón con dieciséis serafines sobre dorado de plata, capa de tela picote, dos pares de medias de seda, y gran cantidad de tela: ruan florete, morlés y terciopelo.

En su lista de morosos figuraban desde personas esclavizadas, como la negra Nicolasa, que le debía cuatro pesos, y el negro Agustín, que le debía dos. Pasando por criollos, como el gobernador, que le debía ocho pesos; el capitán Felipe de Herrera, que le debía seis; y Francisco Foronda, alguacil mayor, que le debía dos pesos. Hasta el sacristán, que le debía dos pesos y dos tomines. Esto refleja sus relaciones comerciales con personas de todos los sectores económicos y sociales de la Ciudad de Antioquia.

Además de la mercancía que había comprado en Bogotá, más las telas que tenía en su casa, la mayoría de las personas le adeudaban dinero por concepto de tejidos: “Mi comadre Bernarda me debe cinco pesos de una camisa [...] María Lanuda me debe cinco pesos de resto de una saya, y un peso de un rosario, más un peso y medio de una

mantellina y tres tomines de un brocado; Juan de la Serna me debe cuatro pesos de oro emprestado más diez tomines del par de zapatos”, se lee en su memoria testamental. Lo anterior vislumbra su especialización en la compra y venta de textiles, tejidos y calzado, y deja en el tintero la posibilidad de que fuera modisto, debido a que compraba telas como materia prima, y vendía ropa ya manufacturada. De hecho, era común que las personas esclavizadas aprendieran labores artesanales de sus amos y que, tras alcanzar su libertad, esas habilidades se convirtieran en su modo de subsistencia.

Lo más probable es que no solo vendiera mercancía en la capital provincial, sino que la llevara a pueblos mineros cercanos, como Buriticá, con el fin de obtener mayor rentabilidad y lograr el pago en oro de más pureza. “Antonia Manuela, mujer del minero, me debe cinco pesos”, anotaba.

Luto en el camino virreinal

Pedro García y los comerciantes antioqueños partieron de Santafé de Bogotá en septiembre de 1701: les esperaba una tortuosa ruta hasta Antioquia. Tomarían el camino real de Bogotá a Honda, que pasaba por Facatativá y Guaduas. Después se bordeaba el río Magdalena hasta Mariquita, y de ahí se remontaba la cordillera Central hasta el Páramo de Herveo (cruzando el hoy llamado Alto de Letras), y se descendía hacia La Vega de Supía, La Miel, Armaviejo y se buscaba el río Buey para trepar de nuevo la montaña hasta La Ceja. De ahí, se iba a Santiago de Arma de Rionegro, posteriormente a la Villa de Medellín, y finalmente se alcanzaba la capital provincial: Santa Fe de Antioquia. Era un recorrido que, de acuerdo con la historiadora Elsy León, podía tomar más de dos meses en invierno. Transitar los caminos neogranadinos, hasta bien entrada la República, no era precisamente un paseo por senderos bajo la sombra de los árboles. Basta con leer los diarios de los viajeros europeos —como Von Humboldt, John Potter, August Gosselman— o las memorias de la Comisión Corográfica o de Eduardo Villa, para conocer, de primera mano, las dificultades de un viaje en el que tocaba vadear ríos, rodear derrumbes, esquivar precipicios, evitar pillos y, ante todo, cuidar la mercancía y la vida misma; no en vano, muchas personas preferían transitarlos en silleros, o a “lomo de indio”, como se lee con frecuencia en archivos coloniales.

La caravana de mercaderes antioqueños, pues los viajes solían hacerse entre varias personas para sortear de mejor manera los peligros, llegó hasta un punto cercano a Supía. No se sabe si fue el frío del páramo que le caló en los huesos y lo invadió de neumonía, o tal vez fue el agua de algún riachuelo que le hizo incubir diarreas, o si la insolación y los insectos del monte le contagiaron de tabardillo o de fiebres; en todo caso, García cayó enfermo en La Vega de Supía. Como había gastado todo el dinero que tenía comprando mercancía, parte de los bienes que traía en las mulas fueron vendidos por el mercader Diego Martínez para pagar sus gastos: “Diego Martínez, quien se halló en la muerte del dicho Pedro García y quien corrió en la asistencia de enfermedad, entierro y funeral del dicho difunto y dio por razón de lo que pasó en La Vega y los géneros del dicho difunto que están en la memoria se vendieron para pagar las asistencias en la enfermedad, entierro y funeral”, escribía en junio de 1702 el mercader Jorge Antonio Jaramillo.

La memoria testamental

No se dan detalles de su muerte, pero, ante la ausencia y lejanía de su hija y posibles parientes, sin duda estuvo

acompañado de varios de los comerciantes y quizás amigos que habían partido con él para Santafé de Bogotá. La agonía y muerte era “pública”, por lo que puede imaginarse su lecho rodeado de personas en solemne rezo, escuchando sus últimas voluntades, viendo cómo se le ungían los santos óleos por el párroco de Supía, y únicamente dejándolo solo para su momento de confesión. El dictado del testamento y posterior firma, con pluma o cálamo sostenido en esa mano temblorosa consumida por la enfermedad, era también un “pasaporte al Cielo”. “El testamento era un acto religioso en el que el testador expresaba, a través de formalidades más espontáneas de lo que se cree, su fe y su confianza en la intercesión de la Corte Celeste y disponía de aquello que le era todavía lo más caro: su cuerpo y su alma”, escribe el historiador francés Philippe Ariès, en *Historia de la muerte en Occidente*.

Por eso, aparte de los bienes, deudas y herederos, en ese documento se encomendaba el alma a Dios, a las advocaciones marianas o al panteón de santos católicos, se reafirmaba la fe y se hacían las disposiciones finales de sepultura, misas y rezos por el alma del que estaba *ad portas* del mundo divino.

En su testamento, Pedro García pidió: “De lo más bien parado de mis bienes, se saquen para mi entierro y que sea enterrado mi cuerpo con cruz baja, y se pague como entierro de pobre que soy. [...] A mi madrina que, por amor de Dios, me cumpla unas novenas que debo a la virgen de Sopetrán y tres días a la virgen de Chiquinquirá”.

Pero, además, ratificó su catolicismo y remarcó su estado de libre: “En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, hago esta memoria testamental y protesto que dejo mi pobreza al Santísimo sacramento del altar de la Ciudad de Antioquia, como persona libre lo puedo hacer sin que haya intervención de justicia”.

Nulidad y remate

Tras su muerte brotaron los problemas y las deudas. Vicente de Salazar Beltrán, alcalde ordinario de la Ciudad de Antioquia, consideró nula la memoria testamental ante la ausencia de firmas de testigos, escribano o alguna figura de autoridad que la validara. “Declara la dicha memoria por nula por los defectos que tiene, y que solo sirva para el conocimiento de los bienes y algunas deudas que le deben al dicho difunto”, escribió el 19 de octubre de 1702. Por otro lado, el contador santafereño don Cristóbal Pedroso envió apoderado a cobrar los dieciocho pesos de oro y cuatro tomines que se le debían por la mula y la harina de trigo. Mientras que el mercader Jorge Jaramillo, a quien Pedro García había nombrado albacea en su memoria testamental, demandaba veintitrés pesos y un tomín por haber costado el flete de la mercancía restante desde Supía hasta Antioquia, el costo de su registro y por dinero que le había prestado a García, a quien, valga recordar, había contratado para acompañarlo en el viaje.

Por tal motivo, el alcalde ordenó hacer un inventario y avalúo de los bienes traídos de Supía y que pertenecían a García. Su valor se tasó en 47 pesos de oro y un tomín. Además, nombró a Francisco José de Foronda como defensor de los bienes del difunto para que se encargara de velar por la integridad de los mismos y la transparencia en el proceso de remate y disposición final. Así, con el fin de saldar las deudas, el alcalde mandó pregonar los bienes entre el 10 y 13 de agosto de 1702. “En la calle pública por voz de Juan, negrito, se pregonaron los bienes del negro García”, anotaba el alcalde. Finalmente, se remataron de contado a Francisco Antonio de Ibarra.

Un año después de la muerte del pardo Pedro García, el 19 de octubre de 1702, el alcalde Vicente de Salazar

Beltrán ordenó como sentencia definitiva que se pagara el dinero a los dos acreedores y que lo que sobrase se fuera en gastos de justicia, papel sellado, tinta, avalúo de bienes y la alcabala al rey. No se sabe qué pasó con los bienes que ya tenía en Santa Fe de Antioquia, pues solo se remataron los que trajeron de Supía, pero ojalá que se cumpliera el resto de sus voluntades. Sus deudas debieron cobrarse por el defensor de los bienes, Francisco José de Foronda, y solo sabrá la historia si se cumplió íntegramente con su postrimera voluntad: “Que de todo esto que tengo, cobrándose, se saque cincuenta pesos y se entreguen a don Cristóbal Zapata, que los tenga para mi hija”. Así como los dos pares de medias de seda, las dos sortijas de oro, el limpiadientes de oro, el crucifijo de oro y la imagen de la Virgen de Chiquinquirá.

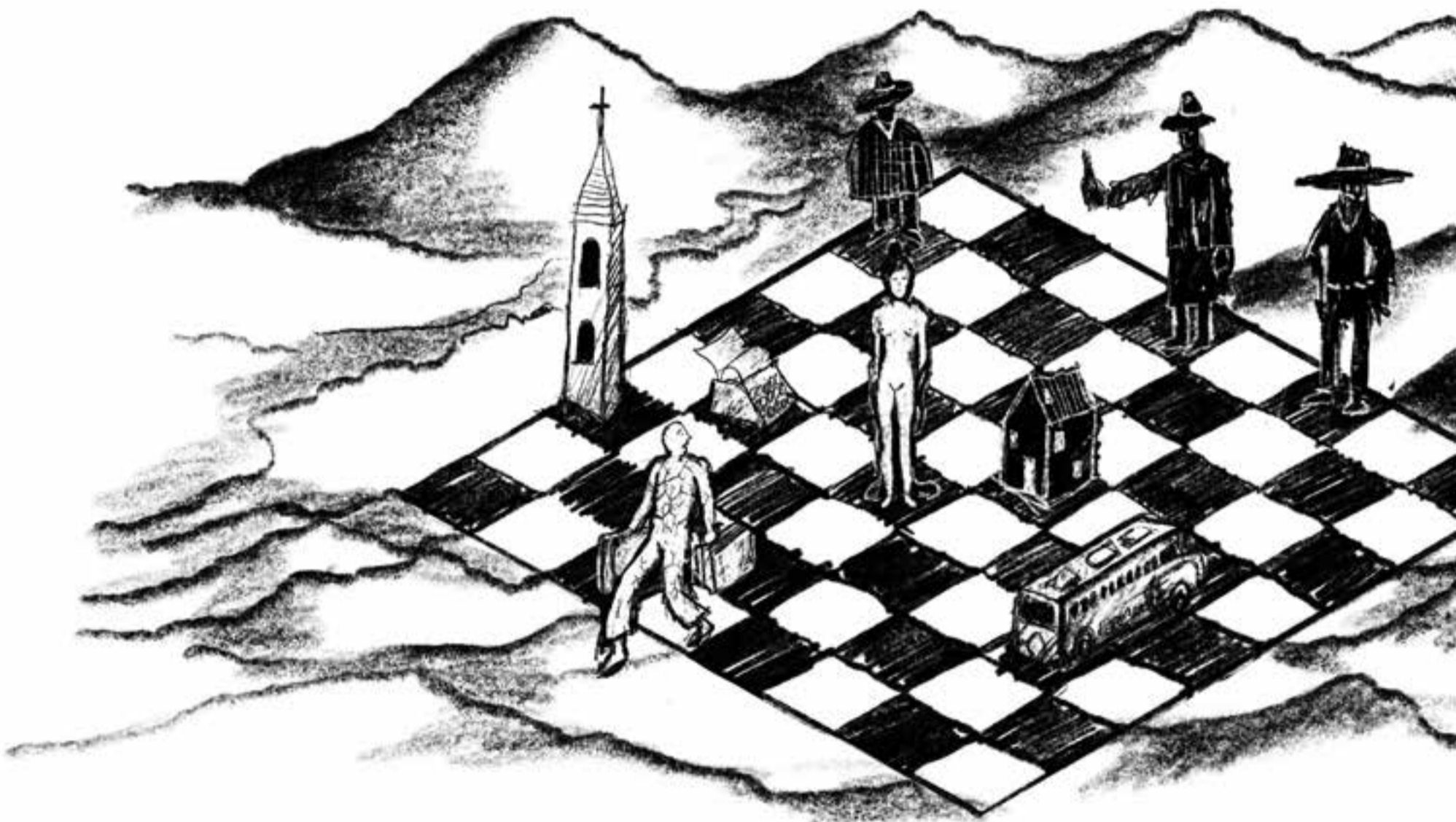
Pedro García murió sin ver de nuevo a su hija. Aunque no menciona su nombre, le preocupaba su futuro, ya que era menor de edad y quedaría sola, quizá huérfana —porque no da razón de la madre—, por eso, procuró dejarle bienes con Cristóbal Zapata, posiblemente alguien de mucha confianza, para que cuidara de ella y cuando alcanzara la mayoría de edad se los entregara. No obstante, queda sobre la mesa la posibilidad de que le robaran su herencia, aprovechando su minoría de edad, su orfandad y su pertenencia étnica. Superada la esclavitud, llegaban las nuevas vidas del liberto: el trajín de los caminos reales, la paciencia del modisto, la buena entraña del comerciante y la malicia del prestamista. Vino todo eso, y la muerte que escoge todas las rutas. ©



Página de la memoria testamental de Pedro García. Nótese la ausencia de sellos reales, firmas de testigos, escribano o alguna autoridad oficial. A pesar de tener las dos firmas de García, la falta de los demás elementos motivó la invalidación del documento. Este testamento, junto con todo el fondo Mortuorias del Archivo Histórico de Antioquia, está siendo digitalizado por el programa de Archivos en Peligro de la Biblioteca Británica. Foto: Jacqueline Gutiérrez.

LA HU

por MAURICIO LÓPEZ RUEDA



Tres hombres entraron a la cantina. Los tres llevaban sombreros gastados y manchados por el sudor acumulado de muchas travesías. Botas, tenían botas los tres, con raspones en los bordes y barro bajo las suelas. Tenían cintos, pero no machetes. Los habían dejado en alguna parte, en el pueblo no se permite entrar con machete en ningún establecimiento.

Eran las tres de la tarde y unas nubes largas y grises amagaban con desatar un aguacero. Los tres hombres se sentaron en una mesa esquinada de la cantina y pidieron aguardiente. Uno de ellos, el que pidió la media, tenía acento costeño. Los otros hablaban muy bajito, casi en secreto.

Yo estaba sentado en una de las mesas cercanas a la salida. Me acompañaba el profe Sergio, quien había sacado de su bolso un tablero de ajedrez y me retó a una partida. Jugamos. No había nadie más en la cantina antes de la llegada los tres hombres. Regina, la mesera, se animó con los nuevos clientes y les arrimó una hoja en blanco y un lapicero para que pidieran canciones. Con nosotros no tuvo esa amabilidad ya que estábamos tomando agua y gaseosa.

Mi amigo pidió las negras para darme la ventaja de la salida. Pero ni con esa complacencia iba poder ganarle. Mi mente estaba distraída desde el día anterior, domingo, y no era capaz de pensar en estrategias. Solo pensaba en Valeria y en la discusión estúpida que habíamos tenido en su local de venta de ropa.

Hacía mucho tiempo que no me enamoraba, a decir verdad, había estado tratando de evitarlo. Me asustaba un nuevo amor en medio de las precarias circunstancias económicas que estaba viviendo. No tenía trabajo ni esperanza de tener uno en el corto plazo. Pagar el arriendo y la comida eran dos obligaciones tortuosas. Tenía que tomar decisiones, irme del pueblo quizás, pero en cambio, me enamoré de Valeria.

La había visto pasar muchas veces por el parque o por la peatonal. A veces me quedaba mirándola desde una de las mesas del restaurante Mi Casita, ahí sentada en su local, tan joven, tan delicada. Y al mismo tiempo con un destello de experiencia, de sabiduría mundana en los ojos.

Quería saber su nombre, conocerla. Nunca me acerqué. La creía muy distante de la caverna sin aire en que se había convertido mi vida. Además, pensaba,

¿qué hago yo, a esta edad, anhelando a una joven que seguramente no supera los 24 años?

No, una mujer tan hermosa jamás se fijaría en mí, así que, ¿para qué perder el tiempo? ¿Para qué ilusionarme? La dejé. Me olvidé de ella y seguí con mi vida. Y entonces, surgió un encuentro inesperado.

Escribí para *Universo Centro* una crónica llamada "Historia de un feminicidio", contaba la vida y muerte de la víctima, desde su niñez. Se publicó y llegó a las redes sociales. La historia tuvo un digno éxito y, un par de semanas después de haberla publicado, a mi Facebook llegaron varias solicitudes de amistad, casi todas de mujeres jóvenes de Ituango, entre ellas, la de Valeria.

Descarté todas las demás. La acepté e inmediatamente le hablé al Messenger.

"Hola, gracias por la solicitud de amistad. Perdona, ¿tú y yo nos conocemos?"

"Pues si no tienes un gemelo en Ituango, sí, nos conocemos", me dijo.

Mi cuerpo se estremeció y sentí algo muy parecido a un mareo. Estaba pleno de dicha y, al mismo tiempo, aterrado.

No podía creer que la mujer más bonita del pueblo se hubiera fijado en mí.

La mujer con la que había soñado varias veces, la mujer que había visto pasar flotando por las calles del pueblo y a la que no me atrevía a hablarle.

"Sí, te he visto. Te he visto muchas veces. No sabes las ganas que tenía de hablarte", me arriesgué.

Y así comenzó todo. Al día siguiente nos vimos, y al siguiente también. La esperaba afuera de su local, le ayudaba a cerrar y luego la acompañaba hasta su casa en el barrio alto.

Era una caminata de veinte o treinta minutos, pero yo procuraba que durara más. Con mis escasos pesos la invitaba a helado o a arepa rellena en La Plazuela, y nos quedábamos horas conversando sentados en el borde de las jardineras.

Era más linda en persona, como si su belleza se acrecentara con el correr de los días. Al cuarto día hicimos el amor, y al quinto, y al sexto. Nos hicimos novios..., sí, novios. Yo de novio, yo, que no tenía ni en qué caerme muerto. "Idiota, idiota...", me recriminaba.

Valeria y yo nos amamos con intensidad durante cinco meses. Ella tenía 22, yo me asomaba a los 47. Una barbaridad, pero en serio, nos quisimos.

Por eso, cuando estaba en esa sucia cantina, oyendo canciones de despecho,

IDA

• Ilustraciones de Rudo trazo



sentía que me estaba hundiendo. A su lado era un hombre mejor, con esperanza. Sin ella, era un remedo de ser humano.

El profe Sergio ganó la partida inicial. Para no hacerlo sentir mal, le di algo de pelea, y él me agradeció ese esfuerzo con una tenue sonrisa. Preparó el tablero para la siguiente partida y yo acepté, pues durante varios días había rehuido esa invitación. Acomodó las fichas, las blancas para mí otra vez, y pidió dos cervezas.

Uno de los tres hombres que tomaban aguardiente, el del acento costeño, se levantó y fue hacia nosotros. Era alto, algo cenizo y, en vez de sombrero, ahora traía una gorra raída y sin marcas. Se paró ante nosotros y dijo: “Ajedrez, el juego de los sabios, de los intelectuales. Ustedes deben ser hombres estudiados y sabios. A mí me gusta ver jugar ajedrez, pero no lo entiendo”.

El profe y yo lo saludamos. Yo le dije que no era tan difícil, que solo era cuestión memorizar los movimientos de cada una de las piezas. Y le aclaré que, en todo caso, nosotros jugábamos por diversión.

El hombre se acercó a la barra, coqueteó con la mesera, una niña de 19 años, de tez blanca y pelo crespo hasta

la cintura. Llevaba puesto un vestido ceñido y corto de color verde.

El hombre volvió a nosotros. La partida estaba pareja. Por pudor, había decidido concentrarme un poco más en el juego, pero no dejaba de ojear mi celular, esperanzado en algún mensaje de Valeria. “Lo nuestro no puede haber terminado, escríbeme por favor”, rogaba en mis adentros.

“Oye, pero tú no vas a ganar si sigues distraído”, me dijo el costeño, y añadió, mirándonos al profe y a mí sucesivamente: “Ustedes han estado en la cárcel, o alguno de ustedes, ¿cierto? Díganme la verdad”.

“No, para nada amigo, por qué lo dice”.

“Por el ajedrez. Ese tipo de ajedrez, que se guarda en ese estuche redondo y de cargadera, es de los que regalan o prestan en la cárcel. Se los digo porque yo he estado tres veces en la cárcel”, contó.

“No, amigo, estos ajedreces también los regalan en los colegios. Nosotros somos profesores”, explicó mi compañero.

“Profesores, ya sabía yo que eran inteligentes. Qué bonita labor la de ustedes, ayudando a las comunidades para que no sean tan brutas”, señaló,

hablando muy despacio y bajito. En ese mismo tonó, siguió: “Sabén, en otro momento y circunstancia ustedes serían vistos como enemigos, pero ya no. Los admiro”.

El profe Sergio y yo nos miramos. Ambos estábamos inquietos, preocupados por esas últimas palabras. Sergio, que se me había comido la reina y los dos alfiles, iba ganando. Me dejó pensando en mi siguiente jugada y salió a fumar. Luego le dijo a la mesera que les llevara tres aguardientes sencillos a los hombres de la mesa esquinada y pidió otras dos cervezas para nosotros. Yo agradecí esa amarga. Necesitaba con urgencia un trago más para calmarme. Pero mi inquietud no era tanto por aquellos hombres. Al fin y al cabo, era de día y mucha gente pasaba presurosa por la calle. Estaba a punto de largarse a llover.

Sergio volvió, yo tenía mis dos torres en su territorio y tenía amenazado su rey. Él se enrocó y me dijo: “La embarraste”.

“Sí, no la pensé bien, sigo distraído”. “Qué te pasó”.

“Me pelee con la novia, con Valeria, la niña que hace uñas y tiene un local de ropa frente a la feria”.

“Ah, ¿vos sos novio de esa niña tan hermosa? ¿Y están peleados? Hermano, déjeme darle un consejo. Deje así. Esa pelada es muy joven y a la larga eso se le puede convertir en un problema”.

Hice silencio. Moví una de las torres hacia mi rey. Él ya tenía su reina preparada para el ataque.

“Hermano, yo sé que es mucha diferencia de edad y que a la larga esa relación no tiene futuro, pero la quiero. No es solo sexo”.

“Está bien, yo solo quería mostrarte el panorama”.

Comenzó a llover. Pronto se formó un arroyo, casi un riachuelo que bajaba desde la parte alta del pueblo. A pesar de la tormenta, hacía calor. Los truenos iluminaban el cielo oscurecido y hacían vibrar las ventanas de la cantina.

“Juguemos hasta que termine la tormenta”, me dijo Sergio. Yo quería parar y concentrarme en mis tribulaciones, pero le dije que sí. Al menos, me estaba invitando a cerveza.

Los tres hombres de la mesa esquinada comenzaron a hablar y nosotros escuchábamos algunos pedazos, detalles que nos dieron pistas más claras sobre quiénes eran, o a qué se dedicaban. No eran campesinos, de ningún modo, nuestras sospechas se confirmaron cuando uno de los callados dijo: “Jefe, usted verá, pero tenemos que irnos para Peque más tarde”.

“Pues nos vamos, borrachos, pero nos vamos”, dijo el de acento costeño y se levantó de la mesa.

“Niña, traiga otra media y lléveles a los profes lo que pidan”. Luego, se nos acercó. Apoyó su mano en el respaldo de mi silla, se agachó hasta el límite de mi oreja izquierda y me susurró: “Estoy obsesionado con esa pelaiña. Está muy buena. Quiero que sea mi novia”, y señaló a la mesera con la vista.

“Sí, esa niña es linda. Es muy joven, no tiene ni veinte”.

“Por eso, profe, por eso. Qué rico esa cosita en la cama de uno, jajajaja”.

Volvió a erguirse y dijo en voz alta: “Bueno, señores, les voy a decir una cosa”, dijo señalándonos. “Ustedes son unos privilegiados. A ustedes la vida les dio la posibilidad de estudiar y convertirse en profesores, y yo los aplaudo. Pero el más privilegiado es usted”, dijo mirándome a los ojos, “porque también es periodista. Nosotros sabemos que usted es periodista y que lleva más de un año en el pueblo. Nosotros sabemos muchas cosas”.

“¿Cómo así? ¿O sea que soy famoso en el pueblo? No sabía. ¿Y eso molesta?”,

tiré medio temblando, pero me afirmé y acuñé con una sonrisa tranquila.

“Nooo, usted no ha hecho nada malo, no se preocupe, solo quería decirle eso. Nosotros nunca fuimos privilegiados. La vida, desde chiquitos, nos llevó por el camino de la criminalidad. Hemos sido malos desde pequeños. Yo he estado tres veces en la cárcel y mis amigos también. Somos paracos, aunque antes éramos guerrilleros”, se descubrió.

Mientras echaba su discurso pude observarlo mejor. Era un hombre flaco pero fuerte. Tenía un bigote hirsuto y el pelo negro y grasoso le llegaba hasta las orejas. Sus ojos eran amarillentos y tenían una expresión retadora, casi violenta. Las uñas de las manos las tenía sucias y carcomidas. Llevaba un reloj plateado y dos celulares. De uno de los bolsillos de su bluyín, sacó un fajo de billetes y pagó todo lo que había pedido hasta entonces. Luego pidió una tercera media, aunque ni siquiera habían abierto la segunda.

Fue a sentarse y, desde su silla, en medio de los otros dos hombres, nos miró detenidamente y dijo: “Profes, ustedes son mis invitados, sigan jugando ajedrez que lo que pidan yo lo pago”. Dijimos gracias y alzamos nuestras cervezas.

Sergio volvió a vencerme y de nuevo armó el tablero. Quería irse, al igual que yo, pero no de una forma tan directa, tan de repente, como huyendo.

La mesera nos llevó dos nuevas cervezas y me miró. Entreabrió la boca con los dientes apretados y luego empujó su labio superior con el inferior. Abrió mucho los ojos y movió la cabeza hacia la salida.

Su mensaje fue claro para mí, pero nada podía hacer en ese momento. Lo más sensato era continuar jugando, como si nada, hasta que cesara la tormenta.

Sergio me ganó de nuevo, esta vez muy rápido, y guardó el ajedrez en su estuche plástico. Pidió dos cervezas y otros tres tragos de aguardiente. Me estrechó la mano y dijo que se iba. Salió, se paró bajo el alero un instante y muy pegadito a las paredes se perdió.

Me levanté y me acomodé en la barra para terminar la cerveza y conversar con la mesera. El costeño me llamó: “Profe, se fue su amigo, venga y se sienta. Tómese un guaro”.

“No, amigo, hace rato no tomo aguardiente, me hace mucho daño”, respondí.

“No, ya me acordé, me dijeron que usted toma Ron Caldas, ocho años. Pida uno y se sienta”.

No tuve más remedio que hacerle caso y me senté al lado de uno de sus secuaces, el más callado.

El costeño me mostró la foto de un niño que supuestamente era su hijo. Tendría ocho años. Luego me enseñó otra de unas calificaciones escolares, eran perfectas. “Mi hijo va por buen camino. Es de los mejores en la escuela, por eso admiro a los profes. Porque le ayudan mucho a mi hijo”.

Me animé y le pregunté: “Y ustedes por qué saben que yo soy periodista”.

“Porque usted se quedó en el pueblo, viviendo. Nosotros pensábamos que usted estaba de paso, haciendo un libro, pero se quedó, entonces teníamos que saber por qué, o para qué. Pero no se preocupe, usted, hasta hoy, no ha hecho nada que nos moleste”.

Esa revelación me aterró. La sentí como una invitación a irme del pueblo, o a caminar con mucho cuidado.

Me tomé el ron y de inmediato me llevaron otro, doble. El costeño se paró para el baño y el que estaba a su lado salió a fumar a la acera. El callado, entonces, me habló.

“Profe, le voy a decir una cosa, pero espero que no lo tome a mal”.

“Cómo así, ya qué pasó. ¿Es algo que tiene que ver conmigo?”.

“Sí”.

“Ya qué hice”.

“Nada, nada, usted no ha hecho nada. Profe, ¿a usted le parece mal que un hombre como yo se interese por un hombre como usted? Es decir, ¿a usted le molesta que un hombre como yo se sienta atraído por usted?”

No sabía qué pensar. No sabía si se trataba de una broma, de una prueba, o si aquello era verdad. Ya me habían contado que los hombres de guerra, cuando son obligados a permanecer mucho tiempo en el monte, debilitan su heterosexualidad, pero...

“No, amigo, eso no me molesta ni me importa, es su vida privada y yo la respeto. Pero yo soy heterosexual y tengo novia”. Le mostré una foto.

Aproveché que el costeño no llegaba y fui a la barra. Para disimular, pedí un ron y me lo tomé como si fuera agua. El costeño salió del baño y, sin lavarse las manos, se me acercó.

“¿Ya se va profe?”

Quería decirle que sí, sin brusquedad, pero me contuve.

“Estoy esperando un mensaje de mi novia. Ayer nos peleamos y hoy vamos a hablar, a ver qué pasa”.

“Cómo así hermano, no pelee con las mujeres de este pueblo, son muy bravas”, y miró a la mesera guiñándole un ojo.

“Jajajaja, tiene razón”, respondí.

El callado se nos unió en la barra y me ofreció disculpas por su confesión anterior. Me puso la mano derecha en el hombro. Sus ojos estaban dilatados. Milagrosamente, me entró un mensaje de Valeria: “Mauro, quiero verte”. Me alegré y empecé a enviarle mensaje tras mensaje, todos melosos y apremiantes. Ella respondió: “Ay no, me arrepentí”.

Me despedí, les mostré el primer mensaje, y salí corriendo. La lluvia estaba menguando. Subí a toda prisa por las calles recién lavadas. Sudé. Llegué hasta la casa de Valeria. Fue su hermana la que me abrió la puerta y me invitó a pasar. Valeria le quitó el seguro a la puerta de su cuarto y entré. Estaba maquillada, lista para salir. Eso me molestó. Hice un esfuerzo para no reavivar el conflicto y la abracé. Ella cedió y comenzó a besarme. “Mauro, hoy te extrañé todo el día, tenía tantas ganas de hacerte el amor”.

La tomé por la cintura, la atraje hacia mí con fuerza y le di un beso. Tuvimos sexo por diez minutos y luego, tras un breve descanso, comenzamos a pelear.

“Para dónde ibas, Valeria”.

“Iba a verme con otro, por la rabia que tenía contigo”.

“No me molestes, Valeria, no vengas con esas chistes malos y pesados”.

“Tú me enseñaste a ser así. Tú haces lo mismo. Además, es verdad, iba a verme con otro, pero preferí llamarte”.

“Valeria, yo quiero estar contigo, pero así no puedo, no hay forma de confiar”.

“Entonces vete, porque la verdad, ya estoy cansada de estas peleas”.

Traté de cambiar el tema para calmarla. Le hablé con amor y ternura y le prometí una vida juntos, lejos del pueblo. Le repetí una y mil veces que no la quería perder, pero ella quería estar sola.

“Mauro, yo te quiero, pero ya no deseo seguir. Tengo miedo, tú estás muy

roto, y yo también. Déjame sola. Mañana volvemos a hablar”.

Me enfurecí, le dije cosas estúpidas. Le mentí. Le aseguré que yo también tenía una pretendiente y que en el pueblo ya me habían advertido. “Me dijeron que te has acostado con medio pueblo, pero no quería creer, hasta hoy”.

“Pues crea lo que se le dé la gana. Crea que soy una puta, porque lo soy, y ahora mismo te vas de mi casa”.

Esa noche la pasé en vela. Entré al apartamento y me acosté con la ropa puesta. Los rones y las cervezas que me había tomado me ayudaron a dormir. Al día siguiente evité buscarla. Solo salí a comer y, antes de entrar al apartamento, paré en una tienda y pedí una gaseosa fría. Le dije al tendero que me pusiera a cargar el celular y me senté en el andén. Me tomé despacio la gaseosa, con Valeria en mi mente, todo el tiempo en mi mente.

Fui a pagar y pedí el celular, se lo habían llevado.

“Ay, señor, qué pena con usted, ni me di cuenta. ¿Quién se lo habrá llevado?”.

“No, pero cómo así, entonces qué hago”. “Vaya a las prenderías, empiece a preguntar. A veces se roban celulares y los empeñan para vicio. Vaya y busque”.

Fui a la policía, conté lo sucedido y me dijeron lo mismo: “Vaya a las prenderías, escritor. Si no encuentra nada, vuelve y pone la denuncia. Y vuelva a la tienda, de pronto lo cogieron por equivocación”.

Fui a todas las prenderías. No estaba en ninguna. Volví a la policía y puse la denuncia. De ida hacia el apartamento, entré otra vez en la tienda y el señor pegó un grito levantando los brazos.

“Señor, acá está su celular. Un muchacho entró, se agachó y lo cogió del piso. Como que se cayó y no nos dimos cuenta”. No le creí nada. Yo me había fijado por todas partes, hasta en el piso. Preferí no decir nada, simplemente lo tomé, lo revisé, y me fui al apartamento.

Valeria no daba señales. Al parecer, me había bloqueado en su teléfono y en todas las redes sociales.

Todo se venía abajo. Me asomé por la ventana. La tarde se iba. Eran las 5:30 y los últimos rayos de sol se iban perdiendo tras las montañas que ocultan la carretera hacia Medellín. Del otro lado

del pueblo ya empezaban a asomar las nubes de la lluvia.

Cerré las ventanas y me tiré a la cama. Comencé a pensar qué hacer. Debía el arriendo, debía unas cuantas cervezas en dos cantinas y varios almuerzos en el restaurante Mi Casita. Pero más allá de eso, no quería estar más tiempo en aquel pueblo, sin Valeria.

Tomé una decisión arrebataada. Hice las maletas y me fui de aquel apartamento. Llamé un motocarro para que me llevara a uno de los hoteles baratos ubicados en Calle Caliente. Me instalé en una habitación oscura y me puse a llorar.

Era lo mejor que podía hacer. En el apartamento, en vez de un mes, ya solo tendría que pagar ocho días, y del hotel me iría al día siguiente, para alquilar una habitación en casa de la señora Socorro Misas, pues apenas cobraba 150 mil al mes. Siendo todo más barato, mi economía podría mejorar de a poco. Eran las nueve de la noche cuando comenzó a llover.

Me dormí un rato y desperté cuando apenas eran las 12:30 de la madrugada. El insomnio, el maldito insomnio. Pensé en lo bien que me caerían tres o cuatro rones, pero a esa hora ya todo estaba cerrado.

“Mientras Valeria fue mi novia, no tuve ningún problema para dormir. Y ahora, otra vez, tengo insomnio”, reflexioné con tristeza.

A la una de la mañana me entró un mensaje de un número desconocido. Decía: “Profe, dónde está. ¿Puede venir al bar de la esquina de la bomba? Soy el hombre que hace dos días lo invitó a ron. Cuando usted estaba jugando ajedrez. ¿Se acuerda? Necesito que venga al bar y necesito que me consiga ya mismo dos prepagos, o al menos una”.

Me subió un escalofrío tremendo. Las manos me temblaban.

“Hermano, cómo así. Yo estoy acosado y un poco enfermo (mentí). Además, ya todo está cerrado, cómo así que usted está en el bar. Y perdone, pero yo no conozco prepagos”.

“Profe, el ron le quita la enfermedad. Venga que lo necesito me hace el favor.

El bar cierra cuando yo diga que cierre”.

Tomé aquello como una amenaza, como una trampa. Le dije que tenía fiebre y mucha tos, y luego apagué el

celular. Efectivamente, no pude dormir. Entonces pensé, en un nuevo arrebato, que lo mejor sería irme.

Hice las maletas, esperé a que fueran las cinco de la mañana y salí sigilosamente del hotel. Dejé la maleta más grande y me marché con las dos pequeñas. Empaqué solamente lo preciso. Cuando salí, el pueblo todavía no había despertado. Tenía lo justo para un pasaje, nada más. Fui a comprarlo, pero debía esperar al bus de las nueve, pues el de las seis ya estaba completo. Me metí a la iglesia. Entre tanto, pensé en los días siguientes. En qué iba a hacer.

“Bueno, debo la noche del hotel, pero prefiero comprar el pasaje. Cuando llegue a Medellín enviaré un mensaje a la dueña del hotel. Le diré que dejé mi maleta en prenda por la habitación, que me la cuide hasta que vuelva, aunque no volveré”.

Fui a llevar las maletas a Coonorte. Les dije que me las guardaran mientras hacía algunas vueltas. Fui a la Fiscalía y comenté todo lo que me había pasado con los hombres del bar y con el celular. Conté además que, en días pasados, dos jóvenes en una moto me habían arrebatado un carné de prensa mientras entrevistaba a un indígena de Orobajo. La fiscal, muy atenta y visiblemente preocupada, me dijo: “Váyase, es lo mejor. Esas fueron intimidaciones, amenazas veladas. Váyase”.

Esa respuesta me dio fuerzas. Había tomado la decisión correcta. Qué más da una maleta perdida, ropa y libros. Lo importante era irse de ese pueblo que ya no era mi pueblo. Valeria era toda mi vida en ese pueblo.

Me senté en la tienda de Coonorte y pedí una gaseosa. Saqué un cuaderno y comencé a escribir una carta para Valeria. Pensaba dejarla en su local, tirarla por debajo de la puerta y marcharme de inmediato. Escribí una melosería. Una retahíla de promesas de amor, de disculpas, de abdicaciones. Le decía que era la mejor mujer que había conocido y que le deseaba lo mejor para su vida.

Arranqué las tres hojas del cuaderno, las enumeré y las doblé. Puse mi firma y dibujé un corazón. Salí de la tienda y caminé hasta el local, nervioso. Me asomé desde lejos para ver si había llegado o no. A veces abría tarde. Cuando me acerqué, lo más que pude, vi que una de las ventanas estaba abierta. No podía respirar. “¿Y si la tiro por la ventana? ¿O si se la entrego y me despido?”. Estaba paralizado, triste. Finalmente, di media vuelta, me guardé la carta y volví a Coonorte. Me llamaron al bus, que estaba a punto de irse.

Algunas personas conocidas me vieron abordarlo y se acercaron a preguntarme: “Profe, ¿se va del todo o vuelve?”.

“Vuelvo”, dije y subí al bus. Acomodado en la silla pensé en toda mi historia en aquel pueblo. En el día en que llegué, atribulado por la muerte de mi madre y sin empleo. Y ahí estaba de nuevo, marchándome de un lugar donde había perdido un amor y donde ya no había esperanza, de ninguna índole, para un hombre enfermo, triste y vagabundo. ©



Únete al Festival Fotográfico
Cámara de Maravillas
del 8 al 30 de agosto,
y descubre la riqueza de uno de los **archivos**
fotográficos más destacados de Latinoamérica.
Considerado por la **UNESCO** como
Registro Regional de Memoria
del Mundo.

1.º FESTIVAL FOTOGRAFICO

Horacio Gil Ochoa

COLOMBIA DE MARAVILLAS

bpp

Alcaldía de Medellín

confiar[®]
coop

Ahora en Confiar

Ahorrrar
es Guardar

GuarDar
un poco de tiempo,
paraDar
a quienes más quieres.

Escanea
este código
y conoce más



Puritanismo zoomer

por MARIANA GAVIRIA

• Ilustración de Julio Ossa

Escribo esto como observadora y como sujeto, como narradora y protagonista, como ser en condición de cúspide generacional. A veces me excluyo y a veces me incluyo. Observo, sufro y escribo.

Estamos en una nueva era puritana. En un momento de castración cultural, de pánico virginal, y de solipsismo moralista; de la inquisición de lo erótico. Es una era de desencanto y estancamiento, de aversión al caos natural del relacionamiento, una era que llamaré: la era del puritanismo zoomer.

Zoomer es el término coloquial para describir a la generación Z: todos aquellos nacidos a finales de la década de 1990 y principios de la década del 2000. Es una adaptación del nombre que se usa para describir a la generación de los abuelos o bisabuelos de los zoomers, los boomers, nacidos a mitad del siglo XX.

A estas dos generaciones no solo las conecta su nombre, también las une un cierto dejo. Los boomers consumieron drogas, participaron en orgías y cometieron sacrilegios (Woodstock, revolución sexual, satanismo pop, etc.) y ahora los zoomers consumen juicios, participan en cacerías morales y profanan lo erótico sustituyéndolo por lo pornográfico con la misma indulgencia, superioridad y delusión de sus abuelos.

Steve Jobs, conectado con el todo universal, conjuró las primeras imágenes del Macintosh mientras estaba bajo los efectos del LSD. Sesenta años después, sus involuntarios pero fieles discípulos parecen estar en una cruzada en contra de cualquier cosa que pueda atravesar sus conciencias. Jobs, un *fruitarian* que murió a los 45 años, pudrió su cuerpo a punta de azúcar, comiendo solo manzanas. Y ahora nosotros, los jóvenes criados por sus estilizados e higienizados aparatos con alto contenido de fructosa, también nos estamos pudriendo, o más exactamente, descomponiendo mentalmente*.

**La Historia es la más fatal de las poetas, y la "dialéctica" es el estilo, sugere pero no del todo didáctico, que nos guía mientras se burla de nosotros. Colúmpiate, colúmpiate, bebé estúpido. Y porque la historia no es solo sardónica sino rigurosa en su forma y en su belleza, haré un disclaimer:*

Este escrito no será apocalíptico. No creo en esas fantasías porque:

- 1. niegan el pasado, que siempre ha sido apocalíptico,*
- 2. cosifican el desencanto y estancamiento que aquí crítico,*
- 3. desprecian los acertijos perfectos de la historia que están ahí no como puertas de escape sino como círculos de pulsiones dentro de los cuales pararnos una y otra vez.*

Tengo veintiocho años y trabajo en un colegio de jóvenes de catorce a dieciocho años, burgueses, bilingües, bonitos, donde algo parece estar pasando y que he confirmado como un fenómeno general después de hablar con otros educadores y *stalkear* diferentes rincones adolescentes del internet. Ha aparecido un conservadurismo que acecha las fiestas, los salones de clase y los jardines virtuales donde estos adolescentes comulgan. Un conservadurismo que no parte de los valores, de la historia, ni siquiera de una herencia; viene de otro lugar, de un estado mental, de una enfermedad identitaria, de un atiborramiento de placer, de una hedonia depresiva, como la llamó Mark Fisher. Al igual que un gringo jubilado y saciado, los jóvenes parecemos vivir nuestras vidas de acuerdo con un ostentoso tipo de cinismo. Un cinismo que niega el espíritu humano: la ingenuidad, la curiosidad y la osadía que nos permiten imaginar que el mundo puede ser distinto.

He visto este conservadurismo manifestado de dos maneras. La primera, como una intolerancia a ideas que los trascienden: novelas y películas en las que no se ven *literalmente* representados, desinterés por la historia, suspicacia por el concepto de la "belleza universal", o la crítica del arte. En ese sentido, un estudiante me dijo que no le interesaba la historia porque "el mundo empezó en su nacimiento y se acabará con su muerte".

La segunda manifestación es una demanda permanente de certidumbre moral; en el arte, en las películas y especialmente en las relaciones. Un miedo al amor y a su agonía, a lo que Ficino llamaba "la enfermedad más seria



de todas". Este miedo se manifiesta en una extrema autoconsciencia y preocupación por ser fieles a estrictos lineamientos que previenen la transfusión de sangre y sesos que es intimar. Erigen reglas como legisladores expertos, con ánimo de tildar cualquier interacción que vaya más allá de lo dulce, de lo dócil, de lo condescendiente, como agresión, como violencia.

Esta combinación entre solipsismo y moralismo los ha llevado a creer que sus aflicciones no solo son nuevas (desarraigadas de la historia), originales (desarraigadas del mito), particulares (desarraigadas de su entorno), agentes con una asignación específica, sino que hacen parte de un sistema relacional que los está atacando todo el tiempo. Como los *boomers* conspiranoicos, los *zoomers* están convencidos de un mundo que está diseñado para hacerles daño. De un otro abstracto y sin cabeza que los está bombardeando (*love bombing*), desatendiendo (*ghosting*) y manipulando (*gaslighting*).

El fracaso y la agonía natural de lo erótico, la negatividad que osa el enamoramiento, el desconocimiento y el desposeimiento del cual surgen el amor y el encuentro cuerpo a cuerpo están siendo repetitivamente penalizados, mandados a la hoguera. La experiencia más antigua y universal se ha clasificado y cuantificado en infografías digeribles y términos reduccionistas que son compulsiones de cuidado con un llamativo diseño gráfico. Protocolos que son como comerse una gomita azucarada, como consumir tusi, o como hablar en memes o fumar vapeadores: paliativos neón que te postran en un trono anestesiado y te disocian de la comunión con la vida y con la muerte. El otro se convirtió en un vehículo de entretenimiento y de placer: enamorarse, gustarse, tragarse, desearse es ahora una oportunidad para el siguiente *hit*, para meterse algo azucarado, dulcísimo, empalagante y viscoso a la boca cuando desde hace 2600 años Sappho ya sabía que el amor no solo era dulce sino también amargo, astringente. Una bestia que suaviza y amansa no por lo agradable sino por su sangre y su sal, que preserva el misterio y nos mantiene en flujo: flexibles, tersos, compasivos y sucios como niños.

Este conservadurismo y esta disociación vienen de un miedo al otro, de una desconexión y una desconfianza social. Acechamos porque nos sentimos acechados. Vigilamos porque nos sentimos vigilados y esta paranoia nos hace querer eliminar todo estímulo que nos exponga a la contingencia de la belleza y del terror.

Este miedo, este deseo de amputación y depuración, es solo una respuesta natural a una vida paralizada donde todo cambia pero nada cambia. Vidas que están *para*, del griego (para-) de παρα- "al lado o saliendo de", *lizadas*, del griego λύειν (*lyein*, "aflojar"). Vidas desprendidas y desligadas. Vidas en un estado de separación, de escisión del fuego, de la imaginación, del erotismo, del deseo, en las que la pulsión de vivir abiertos como animales se fuga por los celulares y se va desbocada hacia ninguna parte. Vidas que, como en las parálisis de sueño, están entumecidas y sin piso. Los *zoomers* prefieren los márgenes justificados, los tutoriales y los *trigger warnings*, todo lo que les asegure contención y la certeza de un mundo sin fantasmas, sin riesgo.

El prefijo *para* también hace referencia a un estado de defensa: "parasol" o "paracaídas". Están en parálisis, pero por lo menos tienen cobijas y *hoodies* que los amparan del otro. Sus realidades de cuarteles virtuales, divididas y fragmentadas, no conocen la intemperie pero sí el gore. Y a medida que aumenta nuestra capacidad de ver imágenes de crudeza y muerte disminuye nuestra

tolerancia para aceptar la vorágine que es relacionarse: lo descarnado, el sufrimiento, el desorden que conlleva tocarse. La crudeza de la realidad que solo se nos revela después de tomar un riesgo y fracasar, en el rechazo y en el desamoramiento.

Este conservadurismo es más un negacionismo o una falsa *dicha* que trae el aislamiento. Proviene de los filtros, de los antibacteriales y de las rutinas paso a paso para limpiarse los poros y para amar sin desnudarse. Y al mismo tiempo también viene del *ruido*, de los gritos contaminantes de los que se vuelven virales, de los gemidos de las imágenes repulsivas que no sabemos ver, pues nuestros ojos ya no miran, no tienen frenos ni calma, y a nuestros cerebros se les perforó una válvula abiertísima por la que entra cualquier estímulo, pues ya no sabemos discernir.

Estamos conectados al 5G pero viviendo en un mundo 2D donde no hay agencia y todos somos NPC. Estamos detenidos en un espacio inmaterial, flotando en el ruido blanco de la estimulación infinita, sin guías, sin luz, sin voces interiores. Pero a salvo, enmascarados, con cinturón, negados. No conocemos el tiempo, ese gran devorador, que nos retiene pero no lo vemos. No sabemos ni de juventud ni de vejez. Estamos atrapados en un casino donde las caras de las celebridades no parecen de ninguna edad y donde solo fumar vape es permitido, pues al contrario del cigarrillo, nos da la licencia de matarnos sin oler a muerte, sin consagrar con ella.

Ahora, lo que ocurre con todo esto y la razón por la cual este escrito no es apocalíptico, es que este diagnóstico es una condición ideológica, es una narrativa malsana, una enfermedad de la mente y no del corazón. Aunque todos parezcamos demasiado obesos de ruido para atravesar la valla de este momento nuestros corazones siguen latiendo. El alma, el espíritu, el deseo (como lo quieran llamar) que vive dentro del cuerpo mutilado y adormecido sigue gritando en sangre y heces, tiene bilis y moco y las secreciones de toda la historia a su disposición. Me atreveré a predecir que volveremos a un estado atávico: animal, mineral, descendemos al mundo natural para que nos resucite y tomemos otra vez los caminos de la pulsión y de la sal, los caminos que nos llevan hacia el otro. La historia, aburrida de su propia creación, nos columpiará otra vez hacia el núcleo tórrido de las cosas donde podremos imaginar de nuevo, porque lo necesitamos, porque estamos hambrientos de mito. Recordaremos que somos carne y espíritu, que no somos *clean-girls* (niñas limpias) o *aesthetic* (estéticos) o *snatched* (encorsetados), que contenemos todavía la voluntad oculta de la naturaleza de devorar y de amar.

El conservadurismo, el *comeback* del cristianismo, la segunda llegada del Mesías, las fantasías gringas por el apocalipsis tal vez están circunvalando como síntomas en nuestro imaginario colectivo para recordarnos algo fundamental de la alegoría del retorno de Jesús. Que después de la muerte de Cristo, de Dios, de la vida como la sabemos, de las certezas, de lo conocido, viene una resurrección y una promesa: no de garantías y seguridad absoluta, sino una de una vida encarnada donde se fisure un espacio en la realidad para por fin volver a vernos cara a cara.

Como me dijo un amigo:
"Amor
No quiero paradigmas
Ni convencimientos
Ni psicoanálisis
A mí que me calienten
Una Arepa".[©]



Encuétranos en la 18.ª Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín
6 al 15 de septiembre

Novela - Cuento - Ensayo - Teatro - Rescates - Poesía - Urbanismo
Partituras - Divulgación Pública de la Ciencia - Investigación académica

- Inspirar talentos
- Difundir conocimiento
- Transformar a la sociedad

Editorial SAKIT



RESTAURANTE, MÚSICA EN VIVO, VINILOS, BOLEROS Y SON CUBANO

Bolero Bar DESDE 1983

Horarios:
Miércoles a sábado de 5:00 p.m. a 2:00 a.m.
Platos fuertes del restaurante hasta las 9:00 p.m.

+57 316 139 59 00
Reservas

Cra 67B # 91A - 98. Torre A. Local 1 - Medellín, Col. @bolerobarmedellin



ALEJANDRA SERNA MORENO
• PSICÓLOGA •
Psicología Clínica

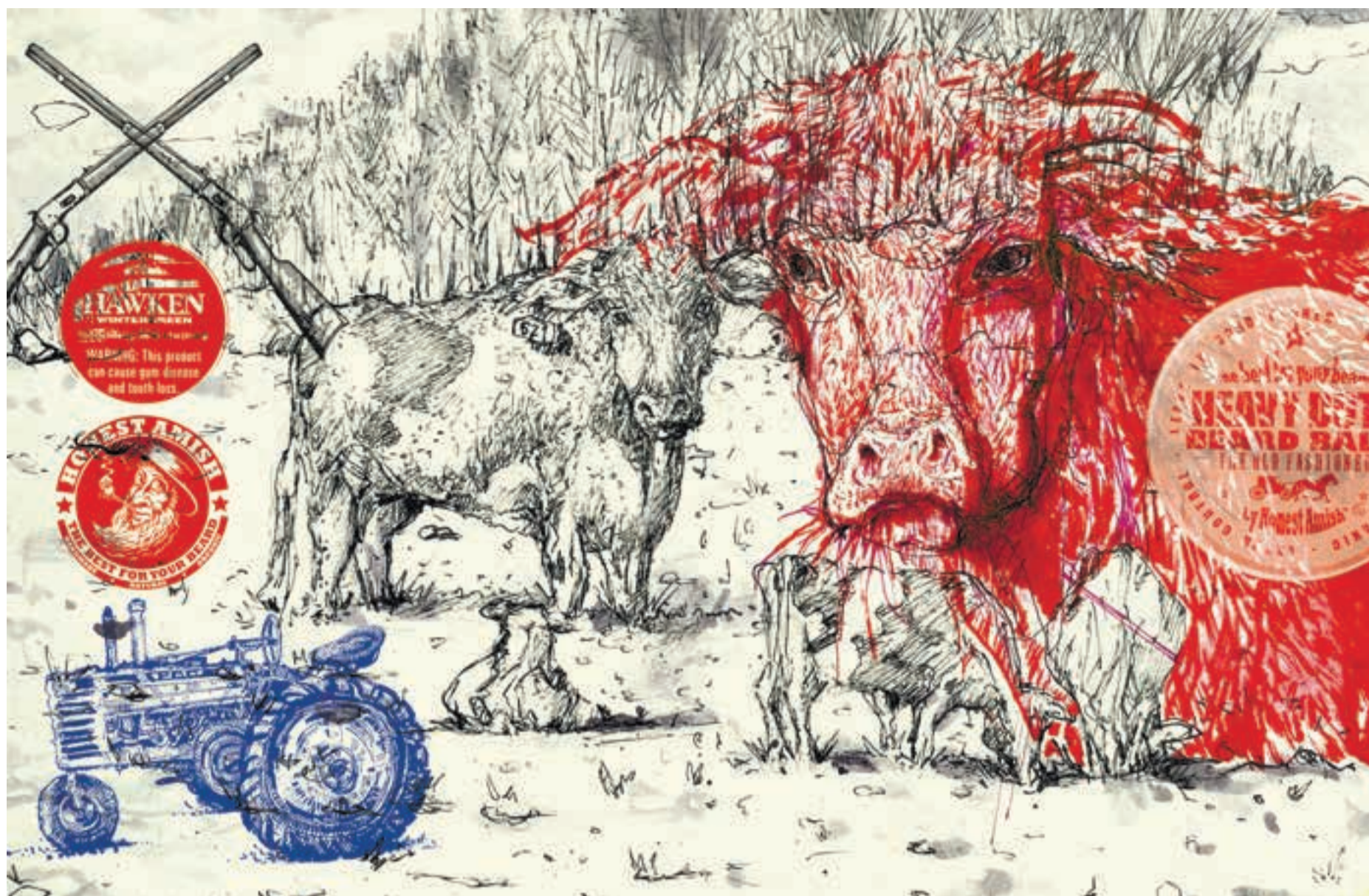
El cuidado y equilibrio de tu salud mental y emocional es tan importante como tu salud física.

Para tu bienestar, hemos creado un nuevo espacio de psicología en el centro de la ciudad.

Conoce más:

@aflora_psicologia +57 314 8963018 Calle 45 # 55 - 65 Oficina 702 Edificio Business Plaza

psicologalejandraserna@gmail.com



P U L L

por MIGUEL OSORIO MONTOYA • Ilustración de Cachorro

—**N**o se va a rendir —dice Marvin, que hincha su boca con ripio de tabaco—. No, no se va a rendir.

La vaca está acostada, pero con la cabeza erguida. Respira pesadamente y de sus fauces sale el aire caliente que se transforma en vapor. Hace un gran esfuerzo por no desmadejarse, por no perder la pelea contra la gravedad.

Marvin me mira de reajo, escupe el tabaco y restriega el suelo con el tacón de la bota.

—Voy por el rifle —dice—. Van tres días y tardará varios más.

Fueron tres noches en las que, desde la cama, escuché el mugido arrastrado por el viento. Retumbaba en mis oídos como un lamento, solo apaciguado por la furia fugaz de los perros. No valía cubrirse la cabeza con la almohada o taparse los oídos; el mugido igual llegaba y chocaba con los aleros, feroz, y

se hacía gutural, como emergido de un precipicio sin fondo.

A ratos se callaba y entonces escuchaba los ronquidos de Marvin —que duerme con la puerta entreabierta— y las risas apagadas del televisor. La última de las tres noches soñé con John, mi profesor de inglés en el colegio. Ataviado con una bata naranja, acomodándose las gafas, me decía:

—El universo está sobre el lomo de una tortuga.

Yo cavilaba un momento, pero él continuaba:

—El universo es como una vaca. Vía lác-te-a.

Se acomodaba las gafas y se reman-gaba la túnica naranja.

—Krishna está rodeado de vacas, es un vaquero. Hay que leer el Gita.

En el sueño hablábamos en inglés. Yo me sorprendía por la gramática impecable, la sintaxis limpia que iba saliendo de mi boca. No gagueaba ni

tropezaba, no tenía que detenerme antes de pronunciar las erres.

¡Tres meses en Minnesota y cuánto me cuesta entender el inglés! Yo soy el *fo-reing ex-change s-tu-dent*, from Colombia, digo cada tanto, tropezando y suavizando la erre. En la mañana escuché las noticias y trato de replicar lo que escucho: *Why have Israel and Iran attacked each other? This world is nuts!* Tendido en la cama, de cara al techo, abro la boca desmedidamente para pronunciar: *World War Three*. Mi mundo es pequeño en esta lengua. Se acaba, desmoronándose, cuando no puedo nombrar lo que veo.

Acá, el sol anémico sale tarde y se esconde temprano; los árboles, esqueletos crujientes; las colinas, sombríos campos que dan tumbos hasta el horizonte; el horizonte, la frontera espectral donde termina el mundo. En este mundo, una vaca agónica que se resiste a morir, con un tobillo doblado. Se le marcan las

costillas, pese a que conserva las caderas anchas y la ubre colgante.

Acaricio la cabeza de la vaca. Hundo mis dedos en el pelaje tibio y grueso. John solía decirme que el final de la humanidad está cerca y que vamos caminando hacia él, inexorablemente, estúpidamente. Con la yema de los dedos recorro las costillas que afloran sobre el pelaje. Ella baja la cabeza e intenta huir de mis manos, pero solo logra dar pequeños cabezazos que mueren en mi pecho.

Marvin vuelve con el rifle terciado. Viene con Jared, el menonita que trabaja en el ordeño. Jared llega cada mañana en una carroza arrastrada por caballos; aparca el coche decimonónico y cobija a las bestias con una suerte de abrigo de terciopelo. Los animales se están quietos durante horas, como ignorando el frío, mientras el menonita exprime cada una de las 160 vacas de Marvin.

Jared hace una venia y se quita el *tigerdoe*, que deja al descubierto el pelo

aplastado. Tomo una bocanada de aire antes de darle la mano, pero el olor a sudor rancio alcanza mi nariz. Marvin me había explicado, quizás con palabras demasiado sencillas que me hicieron sentir estúpido, que los menonitas-sui-zos-nueva-era aún viven en el siglo XIX. No usan celulares ni computadores y se bañan con agua fría, echada con balde. Jared tiene una barba larguísima, intrincada, ya cana, que contrasta con el traje negro de cargaderas tirantes y sombrero rígido. Sonríe y le veo la boca desdentada, de grandes encías y labios que se repliegan.

Marvin hace una llamada por teléfono, un poco alejado de mí. Marvin, padre de la *host family*, granjero desde la juventud. Dos hijos, los *host brothers*. Casado con Mary, la contadora de la granja. Marvin, tipo de risa estridente, pero parco, excesivamente silencioso, frío como el invierno en Minnesota. Marvin, hombre de ojos impenetrables, aficionado a la caza de venados y mapaches, gran bebedor de Bud Light.

La vaca se acomoda sobre el suelo y brama. No parece vencida. Cada tanto levanta la cabeza, con dificultad, y resopla, como implorando. ¿Se aferra a la vida? Me agacho y hundo de nuevo los dedos en su pelaje, como si dibujara. Marvin te tiene así desde hace tres días, le digo en español, y ella me mira con esos ojos alargados, coronados con pestañas lacias; parece que asiente, que comparte conmigo su dolor, esa larga agonía impuesta por un hombre.

Marvin vuelve arrastrando los pies. Guarda el celular e hincha su boca con más tabaco.

—Pues bien —le entiendo a Marvin—, hace tres noches está así. Pensamos que lo mejor era dejarla afuera, esperar, *but...*

—Ya veo —dice el menonita. Saca un cuchillo que refulge—. Carne para una semana, por lo menos —y ladea la cabeza.

Entonces la vaca vuelve a mugir y yo a temblar. Como las tres noches

anteriores, es un mugido tremebundo, que cala en mis vísceras y me revuelca por dentro. En la cama, para no padecer ese lamento, escuché casi hasta el alba las noticias y los pódcast de actualidad.

Good morning, folks! Irán muestra los dientes y lanza *missiles* contra Israel. Por fortuna, el *Iron Dome* protegió a los ciudadanos israelíes y solo uno de los misiles tocó suelo en Tel Aviv. ¿Está por comenzar la Tercera Guerra Mundial? En otras noticias, la bancada republicana exige al presidente medidas de urgencia para frenar el paso ilegal de miles de personas por El Darién-El Hueco-El Paso.

—El mundo está podrido —solía decirme John—. Esta es la última de las cuatro eras, *Kali Yuga*.

—¿Todo está perdido?

—En el mundo solo hay guerra y sufrimiento.

—...

—Las vacas son sagradas, la leche es el mejor alimento...

¿El mundo está podrido? Sí, gira asquerosamente sobre su propio eje de miseria y dolor, casi revolcándose como un cerdo en la inmundicia. *Was World War Three about to begin?* Irán-Israel, Gaza; El Darién-El Hueco-El Paso. *Fuck!*

Marvin vuelve a escupir tabaco: rastrilla el suelo con el tacón de la bota y me mira de reojo. Jared sonrío, con el cuchillo en la mano; su boca desdentada es un pozo insondable.

—*It's all yours* —le dice Marvin a Jared.

Jared dice algo en alemán y calla. Toma el rifle, lo carga y se queda quieto un instante, de nuevo calculando.

—Él —dice Marvin y me señala.

El rifle es una de las tres armas que Marvin guarda en el *basement*. Hay otra de madera, alargada, de la *civil war*: el orgullo de la familia. Pero este es moderno y liviano, el que Marvin utiliza para cazar mapaches y venados. En la sala de la casa, como trofeos, están exhibidas las cabezas, con sus

cuernos enrevesados, de los que cayeron en manos del cazador, del padre de la familia.

El viento se ha tornado más frío; los árboles crujen, inclinados, y un nubarrón se cierne sobre los campos desolados...

Jared me estira el rifle. Vacilo un momento, medroso, y siento que el cuerpo se me hiela, de arriba abajo, hasta agarrotarme los dedos de los pies. La vaca yace en la misma posición y respira con más tranquilidad, en silencio. En el lomo tranquilo, sempiterno, giran las Pléyades, Andrómeda, y en la parte en declive, ya al final, una manchita pequeña, insignificante: la Tierra.

—Pero esto es diferente —digo en español—, es un asunto de piedad.

—Las vacas son sagradas —me responde John—. El mundo yace sobre el lomo de una vaca.

—*Go! Go! Go!* —dice Jared al verme con el rifle en la mano.

—Es una metáfora, en la India cada familia tiene su vaca lechera y comer su carne está prohibido.

—Vamos, un tiro en la cabeza, arriba de los ojos —dice Marvin.

—La leche es el alimento más perfecto, más puro.

—*Go! Go! Go!*

—La leche facilita la meditación... Matar a una vaca es una falta grave.

—El mundo está podrido y lo estivo siempre.

—*What did you say? Speak in English* —dice Marvin.

El viento helado, que sopla del norte arrastrando soledades, me paraliza. Me quito los guantes y me seco el sudor frío que se derrama por mis manos. Ajusto el rifle a mi ojo derecho, temblando, e intento jalar el gatillo, pero el dedo no responde y se agarrota.

Estruendosamente, Marvin y Jared ríen detrás de mí. El menonita se acerca con el cuchillo, los ojos en fuego, y me ayuda a levantar el rifle y a poner la mira sobre la vaca, que ya no muge. Vacilo, trémulo, y el menonita me da otro empujón:

—Es así —dice Jared, que toma el rifle, se lo ajusta y da un tiro al aire. Lo carga y me lo devuelve—. *Go ahead!*

Otra vez temblando, con los dedos rígidos, el cuerpo hacia adelante, ajusto el ojo a la mira. La vaca levanta la cabeza y muge. Es un llanto, un lamento tristísimo, casi humano. Siento un escalofrío en las extremidades. El mugido es grave, estentóreo, paralizante. Me tiemblan las rodillas, siento náuseas.

—*Go, dude!*

—*Pull! Pull, dude!*

—El mundo está sobre el lomo de una vaca.

—*Meat for a week, at least.*

—El mundo está podrido.

—*Fuck!*

Tiro del gatillo y el rebote me lanza hacia atrás. La vaca cae y un silencio horrible se apodera del lugar. La cabeza queda en el suelo, desmadrada, y la sangre pesada, brillante, comienza a brotar y a esparcirse sobre la superficie, como conquistando el lugar.

—*Nice!* —dice Jared, que alista el cuchillo refulgente y camina hacia la vaca.

De cara a la vaca-universo. Su cuerpo grávido, ahora inerte, parece fundirse con el suelo, con la Tierra. La sangre se mezcla con el lodo y forma un arroyo espeso, de un color indefinible, que corre lento y pesado, arrastrando la suciedad.

¡El mundo está podrido!

Marvin me da una palmada en la espalda y sonrío. Escupe el tabaco, lo rastrilla con el tacón de la bota y se hincha la boca con más ripio.

Mientras Jared voltea el cuerpo para comenzar a desollar, el viento se hace húmedo. El cielo se ha cubierto de un gris ceniza y en el aire, gráciles, oscilan pequeños copos de algodón.

—Rápido, Jared. Está nevando.©



Este UC140 para María Gretel.

TÚ SÍ, TUSÍ

por ANDRÉS RESTREPO GÓMEZ

• Ilustración de Titania

Mi fantasía es sintomática de mi soledad: siempre he querido seducir a una mesera. Intercambiar miradas de la caja a la mesa, pedir un teléfono, fuggarnos al baño.

Todo lo anterior sin elipsis, conectores, ni coquetería. Así, tal cual, en tres movimientos, con la causalidad perfecta de una peli porno: de las miradas al baño (el número de su teléfono en el portavaso sería apenas una delicadeza: el *souvenir* que justificara la anécdota). En mis fantasías más inconfesables, todas las meseras terminan su turno cuando yo estoy a punto de irme y todas las mozas tienen libre al día siguiente.

Luego iríamos a otro lado, por supuesto, por helado. Nos aprenderíamos nuestros nombres recién al tercer polvo y comeríamos fideos con oliva porque, al no tener planeado llevar a nadie a casa, ninguno habría ido al supermercado.

Y ojalá fuera fea. (Irme con la fea, ese apetito discreto). No cabe duda de que es menos peyorativo —al menos por abstracto— decir la fea en lugar de decir la gorda, la enana, la renga o la retrasada. Eso sería *capacitista* (como les gusta decir a los de mi generación). La fea es un juicio *subjetivo* (como les gusta decir a los de mi generación) y a la vez tan unánime como el olor a humedad de un trapo húmedo.

Quién sea el feo o la fea de un grupo es irrelevante. Que tire la primera piedra quien no separa en conjuntos a su economía libidinal con esa primera división estética. El deseo, por supuesto, es misterioso, mayormente contrario a aquella aritmética. Yo mismo habré sido el feo elegido por paradoja estadística. Luego llega un Jean Paul Belmondo y te da vuelta el paradigma. Moraleja: lo importante es la actitud. Lo importante es la *autopercepción* (como les gusta decir a los de mi generación).

Lo cierto es que mi metabolismo depredador no se activa en los boliches o en las *apps* de citas, donde corresponde, sino que me asalta en la vigilia, con el sol en la nuca y los engranajes del

mundo en imposible funcionamiento. Y es que el *dealer* de tusí, de quien pienso hablar a continuación, a pesar incluso de lo que yo creyera y quisiera, no había llegado a *empomarme* ninguna herida ni a abrevarme ninguna sed debido a la propia previsibilidad del encuentro; circunstancia solo comparable con la satisfacción desabrida del pescador que pesca en un cultivo de truchas.

Se trata de una ansiedad sexual distinta: la de estrellarme contra otro cuerpo —no cualquiera, sino uno insospechado— con el mal del animal y la inercia alienada del día. Se trata de amanecer en la cama de un barrio que nunca visitaba; jadear sobre los colchillos de un extraño; dejarme ver en la última ropa interior que hubiese elegido para desnudarme frente a alguien.

En todo caso, hay que decirlo, no preciso en específico de una mesera (de un mesero, de una mesera —el género es irrelevante—), aunque sí que resulta excluyente, para las condiciones dramáticas de mi fijación erótica, el arrebatar a un obrero de su jornada de trabajo.

Y ojalá sucediese durante el trabajo, más vale, con el cemento mezclándose y la banda elástica corriendo inexorable, pero también me habría gratificado con concretar un encuentro en el almuerzo, en los pasillos, en los orinales. Acaso en el transporte público, a pesar de que, en los tiempos que corren, resulte más ingenuo cumplir el sueño de tener una conversación interesante en el colectivo que la fantasía del plomero raudo que

te empala sobre el comedor y, de paso, arregla la gotera.

La ansiedad va más allá. He llegado a fantasear a lo lejos, hasta casi la erección, con espaldas, tobillos, caderas, cabellos de quienes resultaron ser sesentonas juvenilmente vestidas. Y si me apuran hablo de las cortinas que entrecerrando los ojos se vuelven polleras, o de los maniqués voluptuosos que me sonrían en la cuadra del frente.

Pero todo esto es solo una paja alambicada para presentarme como un heterosexual fastidioso (o un *paqui*, como les gusta decir a los de mi generación) y prologar así la anécdota de cómo me culeó un *dealer* de tusí en una piecita del barrio Lourdes. En realidad, el asunto resultó tan sencillo como volver a decirlo: un *dealer* rubio teñido (¿ibaguereño?) me abrió el culo en una piecita de pensión sin ventanas —tenía una lámpara de lava (hay que decirlo, por amor a la verdad)— en el barrio Lourdes de Bogotá.

Nunca me gustaron las historias de despertares sexuales y menos mal esta no es una de ellas. Decir que ninguna categoría ontológica se me movió, ninguna identidad afloró de mi

desfloración, y en cambio todo resultó de ahí en adelante más natural que la naturaleza.

Esa noche me había rechazado Camila. O, más que rechazarme, me había postergado. Me dio un beso divino. Pero era un beso de despedida. Ante mi insistencia de que se quedara otro rato, corrió hacia su Uber y me dejó solo —embadurnado en *glitter*— en esa discoteca *queer* que nos habían recomendado.

Ahora bien, volviendo a la moza (que se parece a Camila): la menciono solo por verla, justo ahora, mientras escribo sobre el *dealer* de Lourdes. La menciono, deseo e invoco, aquí, en la mesa más retirada del Bar de Cao, en Buenos Aires —a 6800 km de Bogotá—, solo para constatar la ductilidad clasista de mi objeto de deseo. La moza es ronca y culona y un poco fea, y se descascara con los dientes el esmalte barato de las uñas. Es perfecta.





despreciable y, no obstante, impune: una voz a la que no le entren las balas, pues juega a un juego de reglas indiscernibles, oscuras, crispadas (la literatura misma).

Un juego de esos retomaría así el cauce del relato: estaba, entonces, siendo cortejado en un amanecederero gay de Chapinero por el mismísimo *dealer* de la fiesta. Cortejar es solo una forma de decir que, en su cacería nocturna —que, más que a una lanza, se asemejaba a una red de pesca (probar este método en ambientes heterosexuales)—, el *dealer* eligió mi esquina para lanzarla y tantear suerte con un cardumen taciturno. Luego de preguntarme mi nombre me pidió un beso. O al revés. Y yo le di ambos.

Era un tipo *hegemónico* (como les gusta decir a los de mi generación). Y ni tanto. Hegemónico, en fin, a la luz de la bola de discoteca. Aprendí que los *habitués* de las drogas —del tusi y del perico, en particular— llevan su propia cucharita para aspirar. El *dealer* me dio a probar, gratis, de su propia cosecha con una cucharita dorada que en el mango tenía tallada a Jessica Rabbit. Mi curiosidad fue tal que le pedí a todo el mundo que me mostrara su cucharita. Yo era el único que no tenía. El *dealer* me prometió que me iba a comprar una cuando descubriera mi animal espiritual.

Llevaba en su riñonera una cantidad ilimitada de sobres con cocaína rosa. En sus largos dedos, de pianista, sostenía simultáneamente la droga y el dinero sin que se tocaran. Durante unas cuatro o cinco horas, fui su príncese. Me ofreció trago, me presentó a sus clientes. Hasta brindó por todos mis proyectos. El momento decisivo, sin embargo, fue cuando estábamos bailando, bebiendo, aspirando, y en la cúspide de un estribillo de pop centelleante, o de un bit de techno a punto de estallar por los aires (no me acuerdo), el *dealer* me levantó desde las rodillas y me hizo tocar la bola de espejos más gorda de la discoteca. Ahí decidí que quería que me culeara.

Antes de eso, peregrinamos por Chapinero. Atravesé la avenida Caracas al despuntar el amanecer, bajo la custodia del ángel exterminador de los amanecederos bogotanos, cuyo gabán abombado y terrible ahuyentaba a todos los gamines a su paso. Me mostró el circuito secreto de barras libres, terrazas sudorosas, abismos de la guaracha. También me llevó a un lugar que vendía pollo y ron las veinticuatro horas. De ahí, amodorrados, y a punto de que la melancolía de la bajada nos paralizara, fuimos en taxi hasta su pensión.

Jamás militaré a la comunidad. Jamás militaré un carajo de nada, nunca. Pero sí he de decir, por escrito, que el año es un viaje de ida, y que considero pobres de espíritu a los hombres que ni remotamente han curioseado ese placer.

Hay una escritora *TERF* (como les gusta decir a los de mi generación) a la que le aprendí el ensañarse en metáforas y en hacer de eso un sistema narrativo. En este caso, no hay mucho de dónde significar hasta el agotamiento. “Tú sí, tusi” habría podido decirle, para elegirlo a él, y a su droga. Pero esa solo sería una invención literaria; bastante simple, por lo demás.

Esta idea, no obstante (no así, pero algo similar), sí la pensé antes de irme con él: “La belleza pertenece a quien la merece y la merece quien la reconoce”. No me refiero a la belleza del *dealer*, sino a la belleza de los acontecimientos, al engranaje del melodrama. Soy un apasionado del romance: de sus objetos y escenarios. Soy capaz de decir “te amo” solo porque la situación —y no los sentimientos— lo exige como imperativo estético.

No le dije al *dealer* que lo amaba, pero sí le pedí leche como un carnero abandonado. También me dejé abrazar, cucharear, cobijar. Yo, a quien los azulejos del baño han soportado tanto y tan triste semen, preferí que esa tristeza se derramara sobre un otro cualquiera.

A la mañana me mostró su laboratorio portátil. En un mismo maletín de cuero le cabían centenares de las bolsitas de plástico, una balanza digital de miligramos, cortadores, picadores, y la propia materia prima. Me explicó que el tusi se elabora principalmente con LSD, ketamina y MDMA, además de un pequeño cóctel de fenacetina y perico. Algunos le mezclan cafeína, paracetamol (hasta talco), pero el tusi de él *jamás*: era “el más puro de Chapinero”. Para las once a. m. su celular ya estaba saturado de mensajes, no solo de clientes, sino también de inversores. Un tipo le había transferido un millón de pesos para la compra de materiales (el *dealer* a la noche le daría doscientos cincuenta mil de comisión).

Después, nos bañamos juntos; nos comparamos los penes. Me gustó saber que lo teníamos de un tamaño parecido. No tanto por el común figoneo —el que uno por imbécil hace en los orinales—, sino por una idea más romántica de acoplamiento y correspondencia; como si fuésemos de una misma especie y lo antinatural de la sodomía resultara, finalmente, natural.

Yo me quedé un rato más bajo el agua caliente porque hacía muchísimo frío y había que atravesar un largo pasillo desde el baño a su piecita. Me sentía saciado, hasta divertido. Su verga, pensé, tendría un vitral privilegiado en el caleidoscopio de cuerpos que forjo en la ducha. Sin embargo, prevalecía el sinsabor de la previsibilidad del encuentro. Por muy exótico que sonara, al *dealer* lo había conocido en una discoteca (esa no es una historia). Una discoteca gay, por lo demás, cuya inherente precocidad contaminaba al polvo de un facilismo vulgar.

Cuando volví de la ducha, él se estaba terminando de vestir. Me pidió que le amarrara un delantal a la cintura, con un nudo fuerte pero que pudiera desamarrarse fácil. Para mi sorpresa, el *dealer* llevaba puesto un uniforme. Un uniforme de Il Forno —restaurante mediopelo, “italiano”, pensado para la clase media colombiana más perezosa que no distingue un sorrentino de un raviol—. Le pregunté lo obvio. Me confirmó que era mesero.

—Pero ¿no vives de vender tusi y perico?

Dijo que sí, pero que no podía decirle eso a su mamá. Además, le gustaba aprender de los chefs. Lo miré con otros ojos, esos con los que, alguna vez, miraré a mi novia conurbana. No era ideal, pero se le acercaba muchísimo. Yo seguía empapado y tiritando. El *dealer* me secó. Sacudió mi cabello, se inclinó y, con toda la delicadeza del planeta, capturó con la toalla las últimas gotas de mis vellos. Supuse que él ya estaba llegando tarde al trabajo, pero no me apuró y dejó que me vistiera lento, recobrando la temperatura al lado del calefactor. Luego me pidió un Uber. Atravesamos en silencio el pasillo de la pensión. Bajamos las escaleras. Me abrió la puerta y me abrió la reja. Dijo que ya estaba pago; no me aceptó la plata en efectivo. Fue ahí, antes de despedirnos (o, mejor, como la despedida misma), que le pregunté:

—¿Me hubieras dado tu teléfono si te lo pedía en un portavaso de Il Forno?

Y el *dealer* (ahora mesero, en mi corazón) asintió. Me besó. Yo me regocijé y di así por conquistada mi mayor fantasía. ©

una empleada de papelería en Avellaneda, bien piernona (monotributista, por supuesto), que diseñe logos de quioscos y *collages* de *baby showers*. Acaso una fiambarrera de Quilmes, una celadora de Tigre, una vendedora de zapatillas de Lanús. Cualquiera de ellas, por favor, cualquiera, fuera de la General Paz.

El paladar en el que me enebro es tambaleante; pero vibra. Creo que un narrador con este nerviosismo sexual será la solución despersonalizada y momentánea de mi propio nerviosismo. Como dice Camus en una entrada de su diario de 1945: “Me ha costado diez años conquistar lo que hoy me parece inapreciable: un corazón sin amargura. Y como tantas veces ocurre, una vez superada la amargura, la he encerrado en uno o dos libros. Así, siempre será juzgado por esta amargura que ya no es nada para mí. Pero es justo. Es el precio que hay que pagar”.

En mi caso, lo que dejaré aquí, no sin oprobio, será nada menos que mi nerviosismo sexual. Seré recordado por él, así haya alcanzado ya una felicidad celi. Cuánto querría, en fin, dar con una voz insoponible: del tipo machista *queer*, digna de Kerouac. Una voz

Estoy bastante seguro de que ya me acosté con más mujeres que mi padre (asumiendo que ha sido devotamente fiel a mi mamá). Quizás también con más mujeres que mi tío, a pesar de su soltería. Sin embargo, todavía mucho menos de lo que la generación de ellos desvivió y amó. “Tenés que sacarte la leche”, escuché decir a mi *roomie* por teléfono, aconsejando a un amigo suyo que tenía el corazón roto. Me falta una asiática, una negra. De las argentinas ya me hice una idea, pero aún no he tenido chances de salir con una chica del Conurbano. Solo por fonética, me encantaría culearme a alguien de Berazategui, de Banfield o de Hurlingham.

De todas maneras, si lo pienso por oficios, me muerdo por conocer, por ejemplo, a una costurera. Una costurera de Merlo que me dé un soplo de su franco, entre las doce y quince horas que trabaja, hacinada y reventada, cosiendo camisetitas de la selección Argentina. O





Migrante

Carlos Castro

Billetes de bolívars recortados

100 x 70 cm

2023

Obra comisionada por el artista a artesanos venezolanos

COMO BASURA DEL VIENTO

por FELIPE RAMÍREZ • Ilustración de Mariana Parra

Estaba en el Trampolín de la Muerte. Así le llaman a esa carretera estrecha, serpenteante y llena de abismos donde se juntan las tres cordilleras de Los Andes. Era la una de la tarde. La neblina descendía por las montañas, casi tocaba la trocha. Quizás por eso es que esa carretera tiene tantos muertos encima, porque la niebla cubre los vacíos, como si estuviera tendiendo trampas.

Bajaba en la moto esquivando piedras. Tenía afán porque parecía que iba a llover y las cascadas que atraviesan el camino podrían desbordarse, aflojar rocas gigantescas y causar derrumbes. Pero por adelantarme a un camión que levantaba un polvo de la trocha y no me dejaba ver, aceleré mucho y me tragué un hueco. La cadena se soltó con violencia y bloqueó la llanta de atrás. Derrapé un poco, pero de pura suerte no me caí.

No me preocupó quedarme varado en la mitad de la nada porque siempre he sido muy de buenas. No más las últimas tres semanas las pasé tomando yagé en la Laguna Encantada, en el valle de Sibundoy. Tres semanas en las que me regalaron la comida y me ofrecieron dormida en varios parches. La última noche, hasta abrimos una maloca nueva; un taita me invitó. El abrazo cálido de la medicina y de la gente me infló el espíritu. Me fui dispuesto a lidiar con lo que fuera.

Divisé el panorama sentado en la moto. El monte estaba tupido y sereno, solo había una casita bien abajo de la que salía humo. No cargaba herramienta. Todo lo que podía hacer era echar dedo a los camiones que bajaban. Y al rato, uno paró.

—Quiubo, muchacho, ¿se varó?

—Sí, se me enredó la cadena.

—¿Para dónde va? ¿Lo llevo?

—Voy pa Mocoa.

—Yo voy hasta Villa Garzón, ¿le sirve?

—Uh, claro.

—Pero voy con unos muchachos, ¿no importa? —dijo el camionero mientras abría bien los ojos y señalaba para atrás.

—No importa, de una. Vamos.

El señor parqueó, abrió las compuertas y gritó que le ayudarían. Los muchachos, unos barristas del Nacional. Antes de que se me ocurriera cambiar de parecer, ya habían encaramado la moto. Eran ágiles, ni siquiera les incomodó la maleta y la guitarra amarrada a la parrilla. Uno de ellos aprovechó para bajarse

a vomitar. Cuando la aseguraron con una soga, el camionero dijo:

—Ojo pues, me cuidan al pelado. No le vayan a hacer nada.

Me eché la bendición. Calculé mal que nos íbamos a demorar tres horas descendiendo. Ellos eran seis: cinco hombres y una nena. Venían de Pasto de ver jugar al verde. Tenían entre veinte y veinticinco años. Menos uno, el que supe que era el alfa; ese estaba un poco más viejo, más tallado por la vida. Venían recochando, riéndose, insultando al mundo, parchando. Excepto el que había vomitado, que estaba en un rincón, tirado.

Me preguntaron quién era, de dónde venía. Yo les dije la verdad. Tal vez bajaron la guardia por la guitarra. Uno de ellos la soltó y me la pasó. “Toque”, me dijo. Como yo solo sé de música medicina, eso fue lo que empecé a cantar. Pero les aburrí. Me pidieron que mejor tocara cumbias.

La energía lentamente se puso densa. Sobre todo, porque a cada rato un negro grande me miraba rayado. En un descuido entre canciones, logré sacar el celular del bolsillo y meterlo en el estuche de la guitarra. Cuando se cansó de la música, y supongo que irritado por las curvas y los saltos, el Negro gritó:

—Yo a usted lo conozco, yo a usted lo he visto. ¡Uh!, usted es del Medellín, ¿no, gonorraea?

Yo, pa colmo de males, tenía un gorro rojo.

—Esa cara, yo la reconozco. ¡Uh! Usted es del Medellín. Muéstreme los tatuajes.

Me lo decía sonriendo, con malicia. Yo le dije que no tenía tatuajes de fútbol.

Pa calmar el asedio del Negro, me subí las mangas de la chaqueta y le mostré los brazos. Pero el man me la hizo quitar pa pillarme la espalda y el pecho. Hasta me hizo bajar la sudadera. Seguía insistiendo en que me reconocía. Me miraba a los ojos para quebrarme. Pero yo se la sostuve tranquilo.

—Yo sé que usted tiene el trapo ahí —y señaló el bolso.

—¿Qué?, ¿cuál trapo? —le dije.

—Ay, donde tenga el trapo. Si tiene el trapo, me toca echarle candela a la moto.

—Parce, yo no tengo ningún trapo.

Si quiere revise.

—Pues sí, me va a tocar revisar.

El Negro empezó a buscar la

—Deje al chino sano.

—Nada, yo tengo que revisar. Ese tiene un trapo.

—No, deje al chino sano que él no está haciendo nada.

La tensión desapareció cuando el Negro volvió al rincón. Después de un rato, sentí que a su manera me estaban recibiendo en la manada. Y empezaron a conversar entre ellos y conmigo; ya no interrogándome, como antes, sino en buena onda. Contaron historias de cuando se enfrentaban con los de los otros equipos a machete. De cómo conspiraban en los pueblos y ciudades: solían pedir plata para ver al verde, o entraban a negocios y se volaban sin pagar. Si alguien daba papaya, lo atracaban y vendían las cosas en el camino. Hablaron de otros piratas muy reconocidos a los que ellos les tenían respeto por lo bandidos; y también, por lo lejos que viajaban para ver al equipo. El alfa hacía poco había estado en Brasil.

Eran de Bogotá, de la Costa; el Negro, de Armenia. Solo yo había nacido en Antioquia y era el único al que no le interesaba Nacional. Se reían de sus historias mientras rotaban un porro pequeño. Menos el alfa y la nena, que metían perico. Me preguntaron si yo tenía plata o yerba y les dije que no. Al rato, el Negro me miró rayado otra vez. En sus ojos yo era una presa servida a la que solo le faltaba un mínimo de putrefacción. Y le echó un ojo a mi tula.

—¿Qué tenés ahí, gonorraea? Ahí tenés el trapo, ¿cierto? No lo tenías en la maleta sino en esa tula.

—Parce, yo no tengo nada.

—¿No?, apuesto que ahí lo tiene.

—No tengo nada.

—Démela —gritó.

Tenía pinta de que me la iba arrebatar y se la tiré. Vio que tenía unos tabacos, un bolso chiquito con esencias para aromatizar las ceremonias de yagé y protegerme en la chuma. Manoseó mis escapularios, las oraciones, mis collares, los cuarzos. Estaba curioso, aunque tranquilo. Pero cuando vio que en una bolsita cargaba un cogollo de yerba, el Negro se le encendieron los ojos de ira.

—¿No que no tenías, pirobo? ¿Qué más mentiras estarás diciendo? ¿Qué más tenés?

Guardaba ese moñito como una ofrenda a la Virgen María, era una especie de ayuno con el que le demostraba que yo ya no fumaba por carencia sino por voluntad.

Que les hubiera dicho mentiras contagió de indignación a los demás. Esa era la caída que el Negro había estado buscando para demostrarles que yo no era uno de ellos. La energía de camaradería que estaba fluyendo desapareció. Agarraron mi maleta y regaron la ropa en el camión. Como los carroñeros que eran, se lanzaron sobre todo. Uno cogió mis botas, otro, una pantaloneta. Me hicieron quitar la sudadera verde que tenía puesta; me tocó ponerme un pantalón sucio y roto. Se salvó una ruana que me gustaba mucho porque era roja.

Cuando terminaron, el Negro dijo:

—Recoja todo.

—¿Sí ve, chino, por podrido, pa qué se pone a decir mentiras? Si desde el principio usted decía que tenía bareta, no le habría pasado nada. Aprenda a ser honesto en la vida —dijo uno de los más jóvenes.

El Negro me entregó la tula y rascó la yerba. Yo me disculpé con el cogollo por dejar que esos espíritus tan infames se lo fumarán. Más o menos íbamos a mitad del descenso. Empezó a llover y tocó bajar la carpa. Quedamos en penumbras. Se intensificaron los olores. Olía a *miaos*, a banano estripado, a polvo del camino, a papa rancia, a bareta, sudor y perro mojado.

Ahí el Negro dijo que meras güevas que no revisaron todos los bolsillos de



bandera del Medellín en el bolso. O eso fue lo que se inventó pa mirar lo que traía. Mientras tanto, todos miraban indolentes y socarrones. La escena era el cortejo de un robo. Me estaba atracando, pero no lo hacía directamente sino por medio de un cuento. Quería tramarme. Claro, tenía horas pa jugar conmigo, pa matar el aburrimiento del viaje. Por eso me sorprendí cuando el alfa dijo:



la maleta, a lo mejor escondía plata. Y volvieron a sacar todo, uno de ellos hasta desenrolló el aislante. Cuando vieron los machetes camuflados, gritaron eufóricos.

Meros machetes los que carga este pirobo.

—¿Sí pillas que usted es del rojo?, ¡vea, tres machetes!

—No, yo soy malabarista. Trabajo en los semáforos. Viajo haciendo malabares.

Sin crearme del todo, siguieron esculcando la ropa, les metieron mano a los bolsillos de las sudaderas, de los pantalones, se tiraron mis bóxer entre ellos. Estaban en la bufonería más grotesca, me sentía humillado. No sabía qué hacer, ni decir. Volví a recoger la ropa. Solamente un par de cosas me daban ánimo: que no me pillaron la plata y que tenía el celular a salvo en el estuche de la guitarra.

—Ey, pelao, présteme la chaqueta. Tengo frío —dijo el Negro.

—No. Vea que ya vamos para Mocoa, cuando lleguemos se le quita. Allá hace mucho calor —le dije, intentando salvarla.

—No, es que yo tengo frío ya. Préstemela.

—No, parece, a lo bien que...

—¡Pásela! —gritó con tono de que después vendrían golpes.

Cuando se la puso, metió las manos en los bolsillos. Estaba buscando plata, pero no la iba a encontrar porque yo tenía los billetes en la nalga. Aunque sintió un papel. Era un recibo de una luca que me habían consignado.

—Hijueputa. Retiraste cien lucas hoy. ¿No que no tenías?

Y otra vez se indignaron entre todos. Me decían que mero marica tan mentiroso. Que me iban a tener que empelotar, que la plata pues, que si no era por las buenas era por las malas. El Negro se paró y movió el tanque de la moto.

—Póngale que usted le echó treinta mil de gasolina, y luego se pegó su buen almuerzo de quince lucas. Mínimo debe tener 65 mil, pélelos pues.

—Viejo, ya me los gasté.

—A este va a tocar amarrarlo y llevármelo la moto.

En ese momento se levantó el tipo que venía mareado, el que todo el tiempo estuvo en un rincón durmiendo. Y dijo:

—Revísele la guitarra. Una vez atracamos a un gringo y tenía toda la luca ahí.

Yo no se la quería entregar, pero el Negro se paró a pegarme. Entre él y el alfa la recibieron. Tantearon el estuche por todo lado. Cuando el Negro sintió el celular, me sonrió sin quitarme la

mirada y se lo encaletó sigiloso. Pero el alfa se la pilló, como si hubiera olfateado la energía.

—Deme lo que se encontró, pirobo —le dijo.

Lo intimidó con la sola voz. El Negro agachó la cabeza como un perro menor y le dio el celular. El alfa desenvainó el machete, me llevó al rincón y me puso la punta en el estómago.

—Desbloquéelo, carechimba, desbloquéelo.

Me tocó darle la contraseña: uno, uno, uno, uno. Me llené de miedo porque sabía que les iba a pedir plata a mis contactos. Además de preocupado y aburrido, ya venía mareado. El alfa entró a WhatsApp y leyó mis conversaciones sin afán. Cuando vio el mensaje de mi papá preguntándome si había recibido la luca, me dijo:

—¿Sabe qué, chino? De buena onda, nosotros le pasamos los machetes pa que trabaje, y le dejamos la guitarra y la maletica, pero pásenos la plata. Hágale por la buena. Nosotros sabemos que usted tiene. Ya no invente más.

La saqué. Tenía noventa mil. Pude darles menos, pero a esa altura ya estaba tan humillado que no me importaba si me dejaban sin plata, sin maleta, sin moto. Me pisotearon tanto el espíritu que sentí desprenderme de todo. Ya no quería nada para no tener que volver a pasar por esas. Se las di y celebraron. El alfa me dio los machetes.

—Vea, chino, que nosotros cumplimos.

Se repartieron la plata y siguieron contando historias. Luego de que me habían escurrido la materia y el espíritu, entramos a la pavimentada.

—Ojo pues con decir algo, que me toca cortarle la lengua.

Cerca de las siete, llegamos a Villa Garzón. El señor del camión paró al frente de unos talleres. Los barristas me ayudaron a bajar la maleta y la moto. Se querían despedir, me ofrecieron hasta la mano. Luego, se fueron entre risas y burlas.

Soplaba una brisa húmeda, más tarde nos alcanzaría la lluvia de la montaña. Pensé en ir al comando y pedirles a los tombos que me ayudaran a recuperar el celular. Si me atendían, cosa que dudaba, podrían encerrarlos unas horas. Luego, claro, los dejarían ir, porque son un encarte, carroñeros soportables únicamente porque no se enquistan, no se quedan en ningún lugar. Cerré los ojos. El espíritu del yagé ya no estaba dentro. Me sentí solo y anónimo. Vacío. Como basura en la calle arrastrada por el viento. ©

PIZZERIA

CENTRO

Martes a sábado de 12:15 m a 10:00 pm
Reservas: 321 241 8833

Calle 57 (Argentina) # 41-57
Medellín, Colombia

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

DOMICILIOS EN MEDELLÍN

Tel.: 3168789335






Quieres saber que es La Bruja Diso?



VICTOR AGUDELO E.
Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com




PALINURO
LIBROS LEÍDOS

@libreriapalinuro

Calle 49B#75-33
6042609160

Compra y venta de libros

Es otoño en la Ruta Nacional 38 y un amarillo quemado y crepitante se ha derramado sobre el paisaje de la sierra cordobesa. Desde hace algunos días los vientos traen frío y empujan de lado, o de frente, como queriendo enviarme de regreso, y a veces son tan fuertes que es inútil pedalear.

Esta mañana en Capilla del Monte, los únicos rostros con los que me crucé al salir sonreían en carteles y vallas de campañas políticas, entre calles donde un frío helado campeaba. Cuando desemboqué en la ruta, enfilé hacia el sur, con dirección a Cruz del Eje. Los pequeños halcones me miraban desde lo alto, jineteados con alas abiertas las fuertes corrientes en busca de presa.

De la fría Capilla traigo una cubierta nueva que llevo doblada y amarrada con alambre a una de las alforjas traseras y un par de tarros de quinientos gramos de miel de monte. Por un par de horas he pedalearado con este viento muy grueso y frío impactándome de lleno. Me molesta no saber qué hacer con mis manos. Las cambio constantemente de posición sobre el manubrio, las guardo entre los bolsillos o se turnan para ir detrás de mi espalda. En los descensos, la presión del viento aumenta, la temperatura disminuye y por momentos es como si esas manos que agarran el pedazo de metal con firmeza no fueran las mías.

En el parqueadero de una YPF la gente sale de sus carros y desaparece rápidamente al interior de la cafetería o en los baños. Es una estación de servicio muy nueva y muy blanca, perfecta sobre un fondo de cerros amarillos y pelados. Las suaves crestas despiertan con el sol

que recién llega. Algunas se ven marrones, como si hubieran ardido hace poco. En el asfalto del parqueadero, la luz se estira plácidamente formando un rectángulo tibio y alargado.

Un playero se me acerca frotándose las manos, sus preguntas son grandes bocanadas de vapor. No muy lejos un galgo blanco que nos ha escuchado hablar levanta la cabeza y nos mira. Otro playero se nos une de repente. Un poco mayor, la barriga labrada, un gesto automático de simpatía viajera. Desaparece un minuto y regresa con un mate que me alarga mientras los perros mueven un poco la cola y lo miran con confianza.

No es solamente un día frío, todo el país es recorrido por un bloque de vientos provenientes del polo sur. Las temperaturas han caído. Estamos en plena ola polar, parcero, me dice el playero más joven. ¿No andás con mate, vos?

¿De dónde venís, capo?, me pregunta Daniel en otra provincia un poco más al sur, Santa Fe, y en un pueblo acerero llamado así: Armstrong.

En el techo de su Jeep Cherokee viaja una bicicleta de competencia. Daniel tiene la cara manchada por el sol y una sonrisa apresurada que se encoge un poco cuando me escucha decir Bogotá.

¿Venís pedaleando desde allá? ¿Vos solo? Che, ¿cómo hacés para no aburrirte?

Es pasado mediodía y el veterano ciclista me cuenta que dentro de poco hará su primer viaje en bicicleta. Una semana en la ruta y mil kilómetros a través de la pampa húmeda, entre pueblos y ciudades agrícolas rodeadas de una llanura infinita donde crece la soja y el

maíz. Daniel exhibe gran afición por *gadgets* y herramientas de las que nunca he oído hablar.

Las hojas secas de los álamos se arremolinan en el camino, el sol se oculta detrás de una cosechadora que avanza por la ruta. En la pampa húmeda argentina hay dos cosechas al año.

Maíz, soja, trigo, todo se va por la Ruta Nacional 9 en esos camiones que pasan zumbando a mi lado y también por el río Paraná. La ruta exportadora sigue su curso hasta Rosario y Buenos Aires y de ahí al mundo.

¡Es hermosa esta tierra, guacho!, me dice orgulloso.

Me gana la curiosidad. Le pregunto a Daniel si es un gringo.

Se ríe. A la gente de la soja les dicen gringos, a sus abuelos les decían así. Esa gente que llegó de Irlanda y de Alemania y de Italia, tanto de Italia, a metérsele a la pampa y a la inmensidad. A sembrar, a tumbar, a criar. Pero Daniel se cansó. Ahora sus campos los cultiva otra gente.

¿Qué gente?

Gente de afuera, Colombia. Mucha gaita, gaita grande. Incluso con la sequía y las heladas.

Daniel me interesa. Ha comenzado a llamarme Colombia. Colombia esto, Colombia lo otro y se parte de la risa. Ahora se dedica a la cría de ganado. Le gusta ir al campo y observar. Descubrió algo. Hay un toro suyo al que le gusta estar echado muy tranquilo debajo de los árboles. Ese toro de las sombras, que así llama a los de su clase, se levanta y sin que los otros toros pelotudos se enteren va donde están las vacas y ¡pam!, las monta a todas. Daniel se ríe. ¿No es genial eso, Colombia? Los otros peleando

y midiéndose y ese toro pasándola a lo grande. No se consigue un individuo con esas destrezas disparando pistoletazos de semen en una vagina, y mientras dice esto hace el gesto de penetrar algo con su brazo y disparar, un movimiento continuo, firme. No, señor. Esos animales se hacen solos.

Daniel recuerda las vacas de su vieja hacienda. Me pregunta si alguna vez he visto un toro al que se le parte la verga. Niega con la cabeza, fastidiado, se pone un dedo en la sien, hace circulitos, aprieta. Ahora que es abuelo, esos viejos esperpentos de la inseminación parece que lo persiguen un poco. De repente está pensativo y encorvado y es ahora sí un hombre de sesenta años y no el ciclista envalentonado que me pidió que me detuviera. Me cuenta que en un punto sintió que había algo mal con lo que hacía. No hay que joder con la naturaleza, dice. Ella sabe cómo hace sus cosas. Entonces nos quedamos en silencio.

Hasta que mi amigo gringo se anima otra vez y retoma el asunto de su viaje, su aventura de una semana por la pampa húmeda. Una semana, una nada más, porque con tanta familia una semana es lo mismo que un año. Me pide consejo. Quiere hacer un canal de YouTube, para no aburrirse. Le aterra estar solo.

En serio che, ¿qué hacés para aguantarte? Vos mismo deberías hacer un canal.

Y el cielo se cubre de repente. Ambos levantamos el rostro y nos quedamos viendo las nubes desgarradas, huyendo, y de nuevo las hojas se levantan sobre el camino y en los campos de maíz se escucha un siseo seco, un crepitar que camina con mil patas muertas hacia nosotros.

LA INVASIÓN DE

por MUTO



Le pregunto si cree que va a llover.
 Niega. Se queda callado, sin dejar de mirar las nubes.
 Lo más difícil de la soja era eso, dice.
 ¿Qué?
 Esperar. Apunta al cielo con su dedo índice. Esperar la lluvia.
 Todo depende de la lluvia.

Lavalle, Sarmiento, Roca. También aquí las calles multiplican esos apellidos a los que comienzo a acostumbrarme. Algunos corresponden a viejos pioneros y generales, héroes de la patria que se lanzaron a lomos de caballo a la conquista de las profundidades. En sangrientas avanzadas como la Campaña del Desierto, Julio Argentino Roca y sus hombres le arrebataron La Pampa, y la inmensidad, a los indios ranqueles, los mismos que un par de siglos atrás ya habían repelido el asedio de los españoles.

Y mientras Armstrong hace la siesta, arriba, en los eucaliptos de la Plaza San Martín, las cotorras estallan. Su encuentro infinito devora el silencio de la tarde otoñal. No es la primera vez que coincidimos, ellas arriba en las copas de los árboles, yo abajo, en medio de alguna espera, de algún descanso.

Muy cerca, un grupo de niños con uniforme de escuela de fútbol me observa. Han estado hablando entre ellos durante un rato y por fin se han decidido. Los veo avanzar en mi dirección, los pasos tímidos, indecisos. Tienen ojos claros y grandes que miran mi bicicleta, mis zapatos, mis prendas ciclistas que comienzan a estar muy desteñidas, mi bicicleta otra vez.

Para comenzar, quieren saber de dónde soy. Quieren saber a continuación

cuál es mi relación con colombianos al estilo de Higuita, Falcao, Shakira. ¿Los he visto, saludado, tocado? Quieren saber si en el Amazonas me atacó algún tigre y si ya fui a Las Malvinas. Quieren saber si me gustan más las medialunas o las facturas. Uno de ellos se hace una selfi mientras yo al fondo resisto la avalancha de preguntas y otro se sienta en el sillín de la bicicleta y parece resuelto a llevársela. Y es como si supieran que me siento un poco solo en su pueblo y en su Plaza San Martín porque de repente han comenzado a cantarme un cantito futbolero. Para animarme. Y se van cantando y saltando.

Daaavid David David Daviiid Daaaviiid Daaaviiid...

La moto de Luca suena a estertores y palabras finales, pero ahí viene, entregando el último aliento y recuperándolo al mismo tiempo. Se detiene. Escucho su voz. Mi acento parece alegrarlo.

¿Sos colombiano? ¿Buscás un lugar para hacer noche, parce?

Me dice que en su casa hay espacio de sobra, para la carpa, pero también hay una habitación, por si quiero dormir en una cama.

¡No sabés cómo me alegra encontrar a un parce, a un colombiano!

Luca viajó de mochila hace unos años. Recorrió la Argentina de estadio en estadio acompañando al Boca Juniors y a La Renga. Lo escucho revivir su paso por Colombia, el viaje a dedo por los caminos selváticos del Putumayo, las montañas nariñenses. Se esfuerza en recordar. Le pido nombres, colores, detalles y mientras lo escucho revivir sus días colombianos soy

consciente de que este otoño de maíz quemado y álamos desnudos comienza a pesar en mi existencia.

Voy pedaleando junto a su vieja Honda Econo Power 90 por esas calles solitarias que se llaman igual que otras calles solitarias en otros pueblos solitarios. En La Guajira, Luca sembró café y se inició en el arte de la construcción con guadua de la mano de una pareja de colonos paisas. En las fotos que desfilan por la pantalla de su teléfono, y que me muestra feliz, aparece una maloca nuevísima, un almacén, y un Luca aprendiz un poco más joven y moreno con el sol caribeño estampado en su rostro. Un mediodía con palmeras, ardiente, irreal.

Nos detenemos frente a una casa antigua, con muros de tapia y un solar en el que una mujer con pelo muy negro y largo riega una huerta. Hay un tractor pequeño, una reliquia herrumbrosa a la que resguarda un pequeño jardín en el que revolotean algunas abejas.

En Armstrong abundan las acerías. La industria metalúrgica floreció junto a los gringos que pedían máquinas más grandes y poderosas. Cuando uno entra al pueblo por la ruta es recibido por un pequeño y flamante batallón de cosechadoras relucientes. En sus altas cabinas se encapsula el sol y se reflejan las ramas de los eucaliptos. Cosechadoras, tractores, cosas afiladas que se hunden en la tierra. Todo se fabrica en la zona. En Armstrong un pistón, en el pueblo siguiente una bobina.

Luca trabajó unos años en esos talleres y galpones enormes, igual que muchos de sus amigos de infancia y familiares, pero luego se fue. No era vida para él, marcar tarjeta por las mañanas,

pedir prestado al banco para comprar un auto. Me cuenta que iba a comprar un 208, pero una mañana le entró algo y no fue a trabajar más. Armo su equipaje y se fue a conocer Ushuaia. Siempre había querido ir.

Nos sentamos alrededor de una mesa y compartimos pizzas sabrosas que Luca hornea y a las que añade huevo duro y perejil. Después de cumplir con las tareas de la huerta, se nos ha unido su madre, un rostro indígena que sonríe, que hace preguntas cortas, que mastica despacio las respuestas. Le digo que no he visto muchos rostros como el suyo en la pampa húmeda. Descubro que nació en Paraguay, pero se crio en el norte argentino, en Salta. Es Calchaquí. Trabajó muchos años en la región de Cafayate. En los viñedos. Allí conoció al padre de Luca.

Me cuentan que antes de que comenzara la sequía las calles del pueblo se inundaban con cada lluvia, por ligera que fuera. Es tierra dura la de los campos de soja a causa de los químicos que usan para fertilizarla. El agua llovida que no penetraba viajaba hacia el pueblo como un río y lo rebosaba todo. Me explican que esto también ocurre porque se siembra siempre lo mismo. No hay rotación de suelos. Cereal sobre cereal. Cereal sobre cereal.

Luca saca otra pizza del horno.

Sus paisanos gringos, los mismos que hacen esas máquinas tan copadas, le arrancan a la pampa el poco bosque que le queda. Después los escuchás quejándose porque no llueve. Es una estupidez así de grande, concluye Luca mientras la noche termina de cerrarse sobre el solar y el cielo es negro y como de piedra.

L A S C O T O R R A S

• Fotografías por el autor





Ya van dos años largos de sequía en la Argentina, parece. Y ni te hablo de los incendios.

*

A la mañana siguiente, la madre de Luca me estrecha la mano y me pregunta si voy a volver a Colombia. De repente no sé qué responder. Nos despedimos deseándonos buena suerte y en el camino hacia el portón miró una vez más el tractor viejo con el jardín y las abejas y me imagino que me quedo bajo ese techo, entre esas personas.

Salimos a la calle. Luca me acompaña. Se fuma un cigarrillito de tabaco sobre una bicicleta inglesa que es pura herrumbre, todo en ella crujendo y metiendo ruido. Lleva una guitarra criolla terciada en la espalda. Es día de ensayo con su banda. Los galgos nos miran pedaleando, siempre un poco nerviosos, un poco asustadizos.

Luca me hace una seña y se detiene. Hay algo que quiere mostrarme.

Dos años atrás, las cámaras de seguridad de un estacionamiento privado mostraron un puma que merodeaba la noche del pueblo. Pasaron un par de días sin que hubiera noticia y una madre que caminaba con su bebé lo vio saltando una cerca. Esa noche hubo barullo de perros. El segundo felino más grande de América fue perseguido por dos galgos que luego se desangraron en la oscuridad.

Al día siguiente faltaban gallinas, los niños no fueron a la escuela y alguien volvió a verlo, esta vez en el patio de una casa. Y otra vez, como si nada, saltó una cerca, un muro de dos metros, y huyó.

La gente preguntaba, ¿nos va a atacar si salimos? Eran los días de la pandemia, Luca daba vueltas en su moto, atento a los bordes, a las sombras, hablaba con la gente, seguía de cerca la historia.

Una semana después del primer avistamiento, un albañil adormilado entra a esa casa lujosa que Luca me muestra y que por entonces andaba a medio construir. Se dirige hacia el rincón donde ha dejado sus herramientas. Se queda frío. El puma lo mira a tres metros de distancia. Pero el animal no se muestra agresivo, y tampoco huye. Está echado junto a la arena y las palas y ahora sus ojos cansados miran cualquier cosa. Pesan sobre él largos días, kilómetros de adversidad. El albañil se da la vuelta despacio y regresa donde están sus compañeros. Les dice que el puma está adentro, junto a la arena, y sus compañeros se echan a reír.

Pero lo que está adentro ya no es un puma. Es otra cosa. Volumen. Un cuerpo derrotado.

Luca me muestra un video en su teléfono. El reportaje de un noticiero regional. Estamos parados a unos pocos metros de la casa que protegen un muro alto y un portón de acero. Un sedán Audi A6 espera junto al portón.

En las imágenes de la operación que coordinaron autoridades y vecinos hay un gentío, un alboroto que se desata en torno a la captura exitosa de la bestia. Y es evidente que la bestia, ya en su jaula, ha perdido peso y es joven. Sus ojos que no entienden nada son muy azules y no puedo dejar de pensar en eso. En lo bello que es, y en el ruido.

*

Es la tercera vez que pincho en lo que va del día. Un gomero al que compro parches y pega me ha explicado que las espigas diminutas que atraviesan mis cubiertas son las mismas que usan las cotarras para fabricar sus nidos. Cuando el viento sacude los árboles, y los enormes nidos comunales se mecen, el camino entero se llena de espigas.

De vientos, y de vientos fuertes como este, saben muy bien los eucaliptos. En lo alto de sus copas creo ver pequeñas expresiones coloridas asomando en esos nidos que se agarran con tenacidad de troncos y ramas. En el ventarrón que hace desaparecer mis

guantes y arrastra mis herramientas las pequeñas aves parecen jugar.

Una mujer camina hacia mí.

El viento la empuja un poco, pierde estabilidad. Dice algo, creo que putea porque ha metido un pie en un pozo y se acerca mirando mi pequeño reguero de maletas y herramientas como si se tratara de un desastre aéreo. Tiene unos setenta años, lentes gruesos, ojos azules, y el pelo gris y lacio cayéndole sobre los hombros.

¿Necesitas ayuda?

Moni tiene un hijo que vive en Australia. Me dice que me le parecía a él y que por eso regresó. Se tardó un poco en volver, lo reconoce como con cierta culpa, pero es que los camiones, los muy pelotudos, no la dejaban hacer el giro.

¿Querés que te lleve a alguna parte? Tengo espacio suficiente en el autito.

Moni es profesora jubilada. Trabajó toda su vida enseñando artes en una escuela primaria en Leones. La escucho soltar una sarta de insultos en voz muy queda dirigidos al chofer de un camión que según ella nos ha pasado muy cerca, pero me da la impresión de que ha sido todo lo contrario. Antes de ponerse a trabajar en Melbourne, su hijo recorrió Australia haciendo autostop y vivió en una isla donde había tiburones. Es un aventurero. ¿Cuándo vuelve? Moni tuerce la boca. ¿Volver a Argentina? ¿A qué?

Moni mira en dirección a los campos, entre el maíz. Hay un aviso de prohibido cazar. Caracteres blancos pintados sobre una cubierta de tractor, y una hilera de carteles que publicitan un fungicida de BASF.

Cuando conduces por la ruta, ¿vas a algo de tu trabajo, un familiar?

Sonríe. No. Le gusta conducir y ya. Le gusta andar entre los campos, y también dar aventones a quien lo necesite o ayudar a alguien que se haya varado. Le apeña un poco decirlo, pero es que no sabe qué hacer en su casa. Todo la aburre.

En el pueblo su conducción se vuelve aún más cuestionable. Se cruza, invade, no pone laterales y, lo mismo que en la ruta, parece ignorar los carriles. En ningún caso asume la responsabilidad de sus pequeñas infracciones. En cambio, la escucho putear con voz bajita. ¡Ay la concha tuya, al pedo inventaron la luz de giro, hijo de la gran...! ¡Eehhh, cornudo, mirá lo que hacés! ¡Forro!

Moni insiste en que pernocte en su casa. Alega que la noche va a estar fría y que no hay lugares apropiados en el pueblo para tirar la carpa. Está la habitación de Samuel, su hijo. Antonio, su esposo, va a estar de acuerdo.

*

Antonio es bajito, muy bajito, tiene la cabeza redonda y pelada y aspecto de comerciante curtido. Se queda junto a la puerta del garaje mirándome sin decir nada mientras entro y salgo de la camioneta cargada de maletas y bolsas que voy depositando en la vereda. Moni le explica la situación con gran economía de detalles. Antonio la mira sin parpadear, se encoge de hombros y me saluda sin decir mucho.

En la mesa de la cocina, Moni ha dispuesto varios recipientes con queso cortado en cubitos, aceitunas y un salami fuerte y muy aromático que atrae a un gato gordo que se queda quieto y muy cerca. Al parecer Moni se ha hecho una idea aproximada del tamaño de mi apetito y constantemente está instándome a que acabe con todo. Es como un reto. Antonio hace las preguntas de rigor, me advierte sobre los peligros que me esperan en la corrupta Buenos Aires, mira con cierto recelo cómo desaparecen los alimentos de la mesa. Luego viene el tema Rosario, más y más frecuente según me acerco a la célebre ciudad. Las historias de crimen, los narcos, la matazón.

Aparte de la cocina, todo parece dejado un poco al azar y como en medio de algo. Hay cajas apiladas, otras que



comienzan a llenarse y cosas dejadas por ahí. Los muros están desnudos casi en su totalidad.

La selección Colombia de fútbol de mayores es un tema que entusiasma a Antonio. Recuerda muy bien al Tren Valencia y a otros jugadores colombianos, todos negros, que pasaron por el fútbol argentino de los noventa. Hay un problema de mentalidad en el fútbol colombiano, sostiene, y en sus jugadores, que Antonio asocia a la tradición esclavista del país. Aún pensamos como esclavos allá, en ese país subdesarrollado y tropical, dice riéndose.

Le cuento que antes de que Moni me auxiliara, un ciclista del pueblo se detuvo a ofrecerme ayuda. Le dije que pensaba hacer noche en Leones y trató de disuadirme. Me aseguró que Leones es un caso especial, la gente más mierda y rancia de la región. Todo cambia en el pueblo siguiente y en el anterior, la gente vuelve a ser piola otra vez. Pero en Leones no te van a dar bola, me dijo. Mejor seguí. Puro gringo sojero en ese pueblo de mierda. Se llevan toda la guita. No dejan nada.

Antonio me escucha sonriendo y se toma un momento para responder. En Leones hay dos clubes, me dice. El problema con la gente de un club es que siente envidia de la gente del club al que no puede pertenecer. Habría que ver de qué club es el ciclista aquel para entender sus opiniones. Moni escucha mi referencia al ciclista y su visión de Leones con la mirada puesta en otra parte. La veo quitarse las gafas y limpiarlas y su rostro se tuerce más y más con cada palabra que sale de la boca de Antonio.

Me intriga el nombre del pueblo. ¿Por qué Leones?

Por los pumas, responde Antonio. Cuando construían la estación del ferrocarril junto a la que se fundó el pueblo, 150 años atrás, hubo ataques de pumas hambrientos. Atacaron a los trabajadores que tiraban las vías.

Moni niega. Es por León, un gaucho de apellido León que colaboró con el ejército cuando los indios aún peleaban

la tierra. Cuentan que el criollo resguardó en su casa a una cuadrilla de soldados que huía de una emboscada. Los llamados malones indios. Se refiere a un episodio conocido como la batalla de la Cañada de los Leones. Moni es ávida consumidora de información, la obsesionan los mensajes ocultos de la masonería, las genealogías, y duerme en el sofá.

A la mañana siguiente, Moni ha hecho espacio en la sala para que yo pueda terminar de organizar mis cosas. ¿Necesitás comprar algo? ¿Te hace falta algún repuesto? En frente de nosotros hay una pequeña biblioteca que ya comienza a ser vaciada. Resisten algunas plantas y un par de objetos que llaman mi atención.

¿Nunca te animaste a producir arte?

Hace una mueca pequeñita. Dice que no, que los artistas son sus hermanos. A ella siempre le interesó más la enseñanza. Bueno, algunas cosas hizo. Se acerca a la biblioteca y de uno de los estantes inferiores saca una pieza tallada en piedra que pone frente a mí, entre sus manos. Una mujer desnuda, en posición fetal, los ojos cerrados. El objeto permanece unos pocos segundos ahí y regresa al estante, con Moni disculpándose por la inferioridad de su técnica.

Los últimos minutos los pasamos en el patio. Antonio siempre se las arregla para estar cerca y en el patio desaparecemos por un momento de su radar. Caminamos entre una hilera de naranjos bajitos. Hay un bonito lugar para hacer asados, con una parrilla y algunos muebles cubiertos de polvo. Moni lo mira todo con un gesto de resignación. Lamenta el mal estado de las cosas, pero reconoce que ya no tiene sentido limpiar y cuidar. Es un espacio obsoleto.

A Moni no le gusta el viento, le da la espalda, se agacha. Las plantas de su jardín viven duros tiempos. Los ojos azules y agrandados las miran, una mano muy blanca las acaricia. Hace un tiempo comenzaron a construir una nueva casa, Antonio y ella, al otro extremo del pueblo. Una casa más pequeña,

con menos cosas que cuidar, que limpiar. Pero por alguna razón nunca está lista. Antonio dice que hay que hacer no sé qué cosa y que tienen que esperar. A los 75 años no queda mucho tiempo, dice. Le molesta esperar.

Moni ahora pasa revista a los naranjos. Retira una rama seca, arranca una enredadera. Es cierto lo que dijo aquel ciclista, la gente en Leones es dura como el orto. Sus hermanos hicieron mejor yéndose a Rosario. Ella no lo hizo, se la jugó en Leones. Toda la vida una lucha, por todo, por cada cosa.

De nuevo el viento.

Me pregunta si no me molesta el olor. Es cierto que hay una especie de tufo desagradable, pero no puedo definirlo. Moni se exaspera.

¿No lo sentís?

Me explica que se trata de la cloaca. El viento sur trae los olores de la cloaca que hay a las afueras del pueblo. Su voz bajita:

La puta que te parió...

Me dice que nos vayamos. No soporta el olor a bosta humana.

*

A las afueras de Leones, la mañana es tranquila y el sol se siente tibio y agradable en el rostro. A lo lejos, los grandes árboles que flanquean la autopista son una hilera que cabe toda en la palma de mi mano, y los vehículos son puntos diminutos que van y vienen en un movimiento constante. Una buena parte de las provisiones de Moni viaja entre una bolsa de plástico que se balancea en el manubrio de mi bicicleta. Me detengo, me siento junto a la carretera y busco la manera de guardar adecuadamente la adorable carga. Me como un par de bananos. Le doy un mordisco a uno de los alfajores caseros y vuelvo a guardarlo.

Junto a la línea amarilla que delimita la vía, hay un grupo de cotorras. Tres. Caminan siguiendo un rastro de granos rebosados de algún camión. Pican, comen, pican, caminan. Llegan dos más. Me cuentan que la abundancia de alimento las atrajo desde muy lejos. Vinieron y se quedaron. Un camión pasa zumbando. Dos cotorras alzan el vuelo, y otras dos. Solo una se queda. Un paso adelante, dos, pica, come, un paso más. ©



Guillermo Ochoa Ochoa: el hombre memoria

por MARÍA ALEJANDRA BUILES

• Gestora Archivo Fotográfico BPP

Cuando la energía eléctrica todavía no había llegado a Caramanta, Antioquia, Guillermo jugaba con las sombras chinescas que proyectaba la luz de las velas, exploraba el cine sin darse cuenta. En el momento en el que lo encandiló la primera bombilla que se prendió en su pueblo, y después, cuando pudo ver una proyección de cine en 1913, sus ojos se alarmaron ante la novedad y se avivó su sensibilidad frente a luz, las imágenes y el movimiento.

La información que se tiene de él —la única que existe— está consignada en un diario casi infinito e inabarcable, conformado por seis mil páginas que él mismo comenzó a escribir en 1965, en varios tiempos, en varias personas, en las que de manera meticulosa relató la génesis de su vida, desde que nació, con un deseo casi obsesivo por dejar registros, detener el tiempo en varios formatos, primero desde la fotografía, más adelante a través del cine y posteriormente con las letras. Cuando tenía dos años la muerte lo tocó por primera vez, su papá, un coronel del ejército fue asesinado en la Guerra de los Mil Días. Desde ese entonces, el recuerdo difuso de su padre lo convierte en un niño sensible, con una necesidad intensa por documentar la vida. Quedó huérfano en un contexto político agreste y en un entorno familiar precario, bajo el cuidado de Ubaldina, su mamá. Se movió entre Caramanta, Támesis y Valparaíso, hasta que, en 1914, se ganó una beca para estudiar en Bogotá con los salesianos. A caballo, por caminos escarpados, Guillermo cabalgó durante ocho días hasta llegar al tren que lo llevaría a la capital. Narra en su diario que se sentía como un gusano, arrugado, apachurrado y tullido. Apenas estaba instalándose en Bogotá cuando escuchó un rumor: un par de campesinos embriagados habían cogido a hachazos al presidente Rafael Uribe Uribe. El destino lo había arrojado a la realidad de un país en luto y Guillermo estuvo entre la multitud que acompañó las exequias, esa quedó como una coincidencia histórica que marcó su llegada a la ciudad. Mientras estuvo educándose en Bogotá estableció una constante comunicación epistolar con su mamá, en la que se contaron historias y noticias de ida y vuelta, entre su pueblo y la capital, en las que describió el hilo narrativo de su proceso educativo en un colegio religioso, que le permitió afinar conocimientos y pasiones,

convirtiéndose en un hombre letrado con un interés particular por las imágenes, la literatura y los números. Y como todo hijo bueno vuelve a casa, Guillermo retornó a tierras antioqueñas después de terminar el bachillerato. Ya no era un adolescente andariego sino un muchacho enamorado que empezó a pretender clandestinamente a Carlina, la hija de Juan Pablo Gómez Ochoa, una de las figuras públicas más prestantes de Caramanta en los años veinte. Consolidó un amor secreto con una muchacha de clase alta que no creía merecer por su posición social, comunicándose a través de infaltables cartas de amor, visitas a escondidas y conservando una fotografía diminuta de Carlina. Finalmente, el amorío salió a la luz y se consumó en una familia, que fue el motivo para que Guillermo creara una trama perpetua de recuerdos a través de fotografías e imágenes en movimiento. Era la época de los gabinetes fotográficos del centro de Medellín y fotógrafos como Benjamín de la Calle, Melitón Rodríguez, Francisco Mejía y los Duperly capturaban los acontecimientos sociales, políticos y los delirios de progreso de una ciudad en crecimiento. En aquellos años, Guillermo, en su deseo inagotable por dejar memoria de sí mismo, empezó a frecuentar el estudio de Fotografía Rodríguez. Hasta 1959, cada año, por su cumpleaños, se hizo un retrato en un plano medio. Esta costumbre lo llevó a crear un nutrido álbum personal y autobiográfico, en el que se evidencia la transformación de su imagen en el tiempo. Un día de 1925 adquirió su primera cámara de fuelle en el almacén de Óscar Duperly, esa compra tuvo una razón de peso: el nacimiento de su hijo “Guillermito”, desde ese momento comenzó a retratar la vida familiar a blanco y negro, fotografías que denotan su mesura estética y las habilidades técnicas que fue adquiriendo. Refleja un entrañable entorno familiar, en el que predomina la presencia infantil y femenina en los haceres cotidianos. Guillermo también persiguió con cámara en mano los “chismes históricos” de su época, dejando el registro de visitas de personajes de alta prestancia, eventos de ciudad y acontecimientos políticos, siempre bajo una figura anónima, pasando desapercibido entre un gremio de fotógrafos famosos que años más tarde

se convertirían en la comidilla de la historia de la fotografía en Colombia, en la que su nombre nunca se conoció. La fotografía fue su pasión, pero no su profesión. En medio de limitadas ofertas académicas, se formó como contador y publicista por correspondencia, una modalidad de educación a distancia que se hizo popular entre las élites en la Guerra de los Mil Días y que años más tarde fue aprovechada por Guillermo para profesionalizarse en lo que entonces se conocía como las Escuelas Internacionales. Se abrió camino en las grandes iniciativas industriales y empresariales de Antioquia, fungiendo como contador para el proyecto de construcción de la carretera al mar. Un ofrecimiento laboral de la Compañía Nacional de Chocolates lo llevó a Barranquilla, donde dirigió la contabilidad de la empresa. Además, esta ciudad le permitió moverse de un lado a otro dejando registro visual de un mundo más allá de las montañas antioqueñas. Descubrió las proezas del transporte fluvial en los vapores que navegaban por el río Magdalena, se insertó en un entorno desconocido, creando historias visuales, que develan sus pulsiones creativas. Cuando volvió a Medellín dejó la contabilidad y se dedicó a la publicidad, creó el departamento de propaganda de la Compañía Nacional de Chocolates, donde trabajó durante veintitrés años. Fue además el artífice en la consolidación de los departamentos de publicidad de Noel y Coltejer. Esas experiencias le permitieron abrir su propia oficina de representaciones en la que ofreció servicios de publicidad para empresas destacadas de la ciudad, como Almacenes Ley y Westinghouse.

Fue así como se convirtió en uno de los pioneros de la publicidad en el país. Se codeó con artistas como Horacio Longas, con quien desarrolló varias propuestas creativas, y también tuvo contacto con el pintor Francisco Antonio Cano y con el caricaturista Ricardo Rendón. Pese a que se movió en un circuito empresarial y cultural reconocido, su nombre quedó en el anonimato. En 1941 compró una tituladora y empalmadora y editó 116 películas, con ellas inició un peregrinaje personal hacia el recuerdo familiar, mostrando diferentes momentos y sus viajes alrededor del país, creándoles una narrativa auténtica de principio a fin. Con un temperamento sutil y discreto construyó un patrimonio poético, fotográfico y fílmico, que se traduce en un diario robusto, un cruce epistolar de más de cuatro décadas, y aproximadamente tres mil fotogramas, de los cuales 1998 se custodian en el Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto. Registró su entorno con peripeccia, reflejando todas sus aristas; su vida e intereses trascendieron de lo real a lo ficcional, él mismo se definió como un hombre de “gomos”, es decir, un gomoso, aficionado de cosas inusuales: orquídeas, dalias, árboles frutales, estampillas y la crianza de treinta conejos, a los que amó tanto como a su cámara, y que, según él, le hablaban. Hasta los últimos días grabó a sus nietos, erigió su propio mausoleo y dejó su voluntad por escrito. Así como el cuento de Borges, Guillermo Ochoa encarna la esencia de Funes, el memorioso, fue un hombre de memorias prodigiosas y detalladas, que dejó en imágenes el testimonio de su paso por el mundo. ©



Guillermo Ochoa con los conejos en Katinka, 1950.
Fondo Guillermo Ochoa Ochoa.



Gobierno de
Colombia

La paz
se dibuja,
se baila,
se canta,
se interpreta,
se escribe,
se recita.

La paz empieza en el arte.



SONIDOS
PARA LA
CONSTRUCCIÓN
DE PAZ

La paz suena en la regiones

[@viceartes](#) [@mincultura](#)

#SonidosParaLaConstrucciónDePaz

Rayadas noches madrileñas

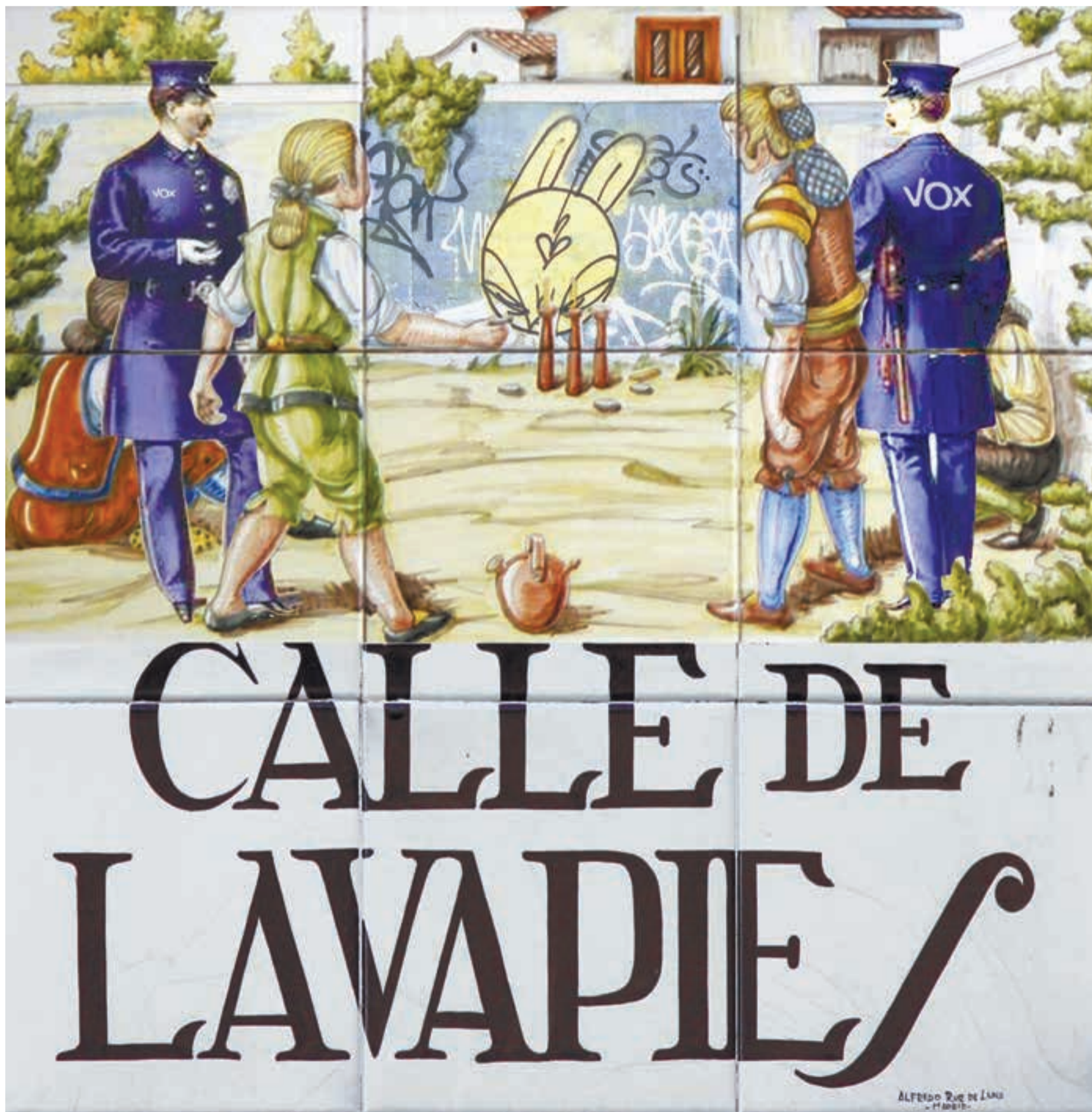
por SANTIAGO RODAS • Ilustración de Señor OK

Dicen que hay demonios en Madrid, que no se ven pero que están allí.

José Luis Perales

La tarde coagula sus nubes en el cielo azul Klein de las cinco y media. Estoy en Montaña Shop, la tienda mítica que, desde los noventa, diseñó aerosoles y profesionalizó una práctica ilegal del grafiti, contribuyó a su expansión por todo el mundo desde España y la hizo mucho más legible para el mercado. Compró unos siete aerosoles. Ya detecté algunos lugares en los que podría rayar mi tag en Madrid.

Me encuentro con Andrea Aldana en la Parcería. Queremos bailar salsa, pero llegamos tarde, justo cuando están cerrando la pista. Hablamos con Andrés, uno de los fundadores del lugar, también paisa, sobre la Medellín del 2010. Invita a shots de ron y a cerveza. Parece emocionado con las noticias que traigo de la ciudad que abandonó hace quince años. Recordamos amigos en común. Les hago una actualización de personajes y lugares. La Villa, el Parque del Poblado, el Periodista, la 68 en Castilla, el Parque de Boston. Él me cuenta sobre los proyectos del lugar. Y por alguna razón terminamos recitando poemas de Jaime Jaramillo Escobar. Concretamos, después de más rones y cervezas, una charla sobre el Paro Nacional en Colombia.



Quiere que hable de los murales gigantes de más de cien metros que inundaron las paredes de la ciudad. Setenta y siete murales pintados en tres meses con frases sobre los hechos que ardían en esa actualidad de hace unos tres años: Nos están matando, Deja que aspiren mis hijos, Convivir con el Estado, Un museo que calla. Más *shots*, más cerveza. Cerramos el lugar a las tres de la mañana.

Saco los aerosoles y pinto a una sola línea mi *tag*. Lavapiés está vacío y dispuesto. Primero unas rejas de contención, luego un muro borrado en unos de sus segmentos de la artista española Hyuro. Tan solo se escucha el sonido filososo, la pérdida de presión de las latas, de resto, silencio. Estas son mis primeras firmas en España. Estoy borracho y le entrego un aerosol a Andrea, hace dos dibujos. Yo sé hacer un pollo y un marrano, dice. Nos reímos. Los pinta a una línea en un cerramiento de un edificio en construcción. Saco el amarillo y trazo mi conejo enmascarado en una culata de la antigua Tabacalera. Hago un *throw up*, en lenguaje suramericano: una bomba, que consiste en rellenar con un color el fondo y contrastar con otro color un corte, el trazo que define el dibujo.

Recorremos algunas cuadras de Lavapiés, pinto cerramientos, algunas rejas y más muros. El barrio está bastante intervenido con murales y grafitis, me siento cómodo, otro campo de juego. Gastamos unas tres latas de aerosol. Veo las luces azules y rojas, intermitentes.

El carro cierra nuestro camino. Se bajan dos policías, un hombre, una mujer. ¿Qué hacen? Preguntan y nos alumbran con sus linternas. Enseñen las manos, dice el policía. Tiene un tatuaje en todo su brazo izquierdo, es alto, musculoso. Pintábamos, le respondo. ¿Por qué viene a pintar mi país?, me pregunta apenas reconoce mi acento sudaca. Me hace una requisa, saca mi billetera, mis documentos. Es profesor, afirma, no espera de mí respuesta. Vacía mis bolsillos, me palpa la camisa, la entrepierna, me quita el bolso con los aerosoles. Está emocionado, casi tiembla. Parece que disfruta de su trabajo. Pone cada cosa sobre la parte superior del carro que sigue iluminando azul y rojo las superficies contiguas. Están cometiendo un delito, dice, no me mira. La mujer permanece callada, pero hace el mismo procedimiento de requisa con Andrea. ¿Dónde están las drogas? Ahora sí me mira. Respondo que no tengo, que solo tomo cerveza.

Nos esposan y nos obligan a ingresar en el carro.

Conducen por las calles solitarias hasta una estación. Pienso en la multa. Me siento bastante estúpido, pero hay un núcleo fulguroso de tranquilidad en mi interior, un centro se mantiene estable, por alguna razón que quizá tiene que ver con los grados de alcohol estrujándose en mi sangre. Ahora sí estoy en España.

En la estación nos interrogan. Nos obligan a quitarnos los cordones de los zapatos, las manillas, el lazo con el que me agarro mi pelo, cualquier elemento personal cuyo uso pueda permitir un posible suicidio dentro de la estación policial. No nos desatan las esposas aún. Aparece otro policía con algunas fotos de las pintadas que acabamos de hacer. El del tatuaje dice que son doscientos euros por cada una. Cuenta, son cinco, seis rejas. Va a salir caro, dice. Andrea me señala, miro las manillas rojas en sus muñecas. Ahora son cuatro policías: tres hombres, una mujer. Todos tienen manillas del Vox, el partido de ultraderecha de España. Andrea pide que aflojen sus esposas, la policía se acerca y las aprieta un tanto más.

Intentamos poner tema de conversación. Uno de los policías sale del cuarto, regresa unos minutos después, ya no tiene la manilla, seguro se dio cuenta de que reconocimos las insignias, sabemos

que los policías no pueden llevar distintos de partidos políticos. Nos dice que nosotros dejamos montar a un guerrillero en la presidencia. Lo dice convencido de sus palabras, con una seguridad uniformada. Andrea le responde que sí, que ella además está exiliada por las amenazas que recibió por parte de la guerrilla, miente bien. Hablan del congreso del Vox, de Ayuso, de Milei. De las maravillas de los gobiernos de derecha del mundo entero.

El policía sin manilla se trenza en la conversación y nosotros mostramos nuestras fichas a ver si nos deja salir. El policía tatuado regresa y escucha, dice: Cuando la derecha está en el poder todo sale bien.

Esposados hablamos de política con estos policías europeos.

Por momentos siento que son, sobre todo el del tatuaje, gente fácil de convencer, cuadrada, sin dudas que lesionen sus ideas, con creencias férreas sobre la verdad y lo correcto. Me imagino, por un momento, su vida por fuera de la institución policial, sus gustos musicales, su manera de tener fe en ídolos de papel maché, su forma de vestirse, su marca favorita de tenis. Es un poco patético, un poco robótico, me da risa, pero disimulo bien. Cada vez que debo enfrentarme con la policía escojo alguno de estos dos caminos:

1. Ser dócil y aceptar el error como una forma de lección, una pedagogía, tengo un carné de profesor universitario que puede avalar esa actitud. Sí, señor policía, disculpe, no volverá a pasar.

2. Hacerme el vivo de una forma cómplice y mentirosa, decir, por ejemplo, alguna mentira: que trabajo de pintar para redes, que cada vez que lo hago gano seguidores y que, aunque no me pagan mucho, he estado empezando a recibir los primeros dólares por viralizar mi trabajo en internet. Usted sabe: el presente.

Los policías parecen interesarse por la conversación. Pican el anzuelo. Dicen que no hay democracia en España, que su partido ganó las elecciones pero que Sánchez se posesionó injustamente. Andrea está como pez en el agua, domina la charla y por momentos parece que los polis bajan la guardia y el escenario se apacigua. La temperatura del fraseo indica que es posible que nos dejen salir. Leo las señales en el aire.

Me atrevo a hablar después del ping-pong de Andrea. ¿Usted sabe quién es el presidente Uribe?, pregunto al poli sin manilla. Responde afirmativamente, como lo sospechaba. Continúo. Pues él es una de las personas a las que más le debe el grafiti en mi ciudad. El poli hace una mueca de no entender. Sí, es extraño, digo, pero él encabezó una operación militar en una de las comunas pobres en contra de las guerrillas afinadas en el territorio y, aunque nadie lo crea, después de esa intervención exitosa la comuna se pacificó, entró en un periodo de resiliencia y emergieron los grafitis, pintaron el barrio entero, en consecuencia, ahora es el lugar más turístico de la ciudad en el que peregrina gente de todo el mundo. Un ejemplo de superación. Y todo por el grafiti. No funciona mucho la historia que cuento, los policías se miran entre ellos, con una pregunta invisible entre ceja y ceja.

Tienen derecho a una llamada, dice el del tatuaje. Son las cinco de la mañana. Andrea llama a Cristina Fallarás, una de sus amigas, activista y escritora, que la acogió desde el inicio de su exilio. No responde. El policía le pregunta por la relación con la periodista r-o-j-a. Es colega, no conozco a nadie más, dice Aldana. Los polis discuten, el que se quitó la manilla está a nuestro favor, pero el poli tatuado parece ser el jefe. Siguen con su conversación de miradas.

El tatuado hace una pausa, dice: Es hora de que les quite las esposas para ingresar a las celdas. La llamada cambió

el curso de los acontecimientos. Se derriban nuestras máscaras. No hay más anzuelos.

Toman nuestras huellas, nos hacen fotos de la cara, de las manos, de perfil, de frente. Nos separan y cada uno va a una celda distinta.

Calculo cuatro metros cuadrados de baldosa blanca, hay una tarima y una colchoneta. Me hacen tomar una cobija de otra habitación. Me acuerdo y escucho llorar a Andrea. No sé si actúa.

Intento dormir para hacer tiempo, pero no logro tranquilizarme. Toda la celda huele a orín viejo, trapeado sin el suficiente cloro y desinfectante. En todo caso tiene mejores instalaciones que las celdas que conozco en Colombia. Estoy en una celda en Europa después de tres días de aterrizar: una buena marca personal. Pienso que puedo perder el vuelo del día siguiente a Bélgica. Hay algo de irreal en este momento, algo se lima en los bordes de las cosas y lo sumerge en un líquido denso que hace que todo sea acuoso, como si estuviera y no estuviera presente, podría decir que es onírico, pero no sería exacto.

Un policía joven que no vi antes abre la celda, me sacan de nuevo. Toman mis huellas otra vez, una segunda tanda de fotos. Pregunto. No responden. ¿Por qué tantas huellas? No responden. Se me borran por escribir poemas. Un chiste en medio del mar de dudas. No responden. Otra vez me ingresan a la celda.

Una policía toca la puerta de la celda, estoy recostado. Desayuno, dice en un acento distinto al de los madrileños. Abre la puerta. La luz artificial del pasillo le da de costado, es bonita, joven. Me entrega un jugo en caja y un ponqué dulce. Su amiga está bien, me dice al cerrar la puerta. Ella mordió el anzuelo.

Escucho voces revueltas, puertas en movimiento de puertas, candados. En la celda contigua ingresan a alguien. Habla un inglés extraño, dice que no sabe español. Que es policía en Serbia, que su esposa es española, pero que él no hizo nada, ella solo está desesperada por su bebé, está algo loca. Insiste en que no ha hecho nada, su hijo está bien, su esposa solo grita, pero no pasa nada, en el mismo inglés agujereado. Dice que no sabe español, miente, entiende a la perfección lo que le dicen. Llamen a un traductor por teléfono y el tipo serbio entorpece las respuestas, enreda al policía incauto, escucho con claridad la conversación con el traductor, le recomiendo que no declare y que espere un abogado de oficio. Siguen unos cuantos minutos en el tira y afloje hasta que me por fin quedo dormido.

Sueño que estoy nadando en un río, el agua es verdeazulada y cristalina. Veo peces de colores cerca a las piedras muy blancas, no se ariscan con mi presencia, nadan sin más. No necesito salir a respirar, floto, el río me muestra el camino. Los peces siguen mi trayectoria, sabaletas afiladas y rápidas junto a otros peces coloridos curiosean alrededor. Encuentro entre las paredes de roca una cueva y me sumerjo. Negro sobre negro. Nado unos cuantos metros en medio de la oscuridad hasta que veo una claridad en medio de la cueva, una especie de grieta. Es una mancha del día, un espejo en la mitad del ducto de roca. Siento peligro. Veo mi reflejo, pienso que puedo atravesar el espejo, ver su otro lado, mi otro lado. Ingreso, mi reflejo sale, intercambiamos posiciones y de inmediato se me acaba el aire, ya no puedo respirar, me llevo las manos al cuello y lo palpo blando como si se hubiera cocinado de pronto: mi cuerpo hierve. Algo me jala desde abajo, una sombra líquida, un cuerpo sin cuerpo, una corriente me conduce a una nueva oscuridad: Pinturas Negras girando a mí alrededor, yo con una manita que me ahorca y no permite ver nada. Despierto sobresaltado.

Otra vez me sacan a tomar mis huellas. ¿Por qué tantas huellas? Pregunto por tercera vez. Para el registro, dice otro policía en tono burocrático.

Hay cambio de turno, los policías con las insignias del Vox ya no están. Todas mis huellas dactilares, ¿cuántas son suficientes?, en una serie de pliegos de papel como en una especie de frenología obsesiva: el rastro criminal de mis manos colombianas. Poner tantas huellas dactilares hasta que toda la estación de policía se sumerja en tinta negra. Me siento en un chiste policial, ¿a dónde irán a parar todas esas huellas? ¿Cuánto tiempo durarán nuestras pinturas en la calle? ¿Cuánto van a durar las pinturas en el Museo del Prado? Antes de volver a la celda un policía joven se me acerca, me dice que pronto podremos salir, nadie puso ninguna denuncia.

La abogada que nos asignaron me dice que no necesito declarar. Le respondo que está bien. Me pregunta por mi ciudad. Medellín, digo. Qué coincidencia, mi hijo estudió allí. Fuimos a la Comuna 13, luego hicimos el Eje Cafetero. La abogada es amable, me hace firmar unos papeles en los que están los nombres de mi padre y mi madre, como si fuese menor de edad. Firmo varias hojas en las que está explícito que estoy siendo liberado y la descripción del delito menor que cometí, además de que fui informado de mis derechos y que tuve la oportunidad de una llamada. Quizá en tres meses haya un juicio, pero seguro usted estará por fuera del país. Lo más probable es que no tengan cómo comunicarse con usted, dice la abogada. Doy las gracias de manera colombiana y me regresan a la celda.

Con mis dedos con rastros de tinta del huellero dejo un *tag* en el techo del calabozo.

Nos devuelven nuestras pertenencias empacadas en una bolsa de plástico. Ya pueden salir, están en libertad. Regresan nuestros celulares y los cordones con los que pudimos suicidarnos. Subimos por unas escaleras que recordaba de otro color, nos conduce la policía bonita y otro poli canoso. Hago el comentario del color de las escaleras, nos reímos, incluso los policías. Estaban bien borrachos, dice la policía joven y guapa, de Andalucía, me entero porque Andrea habló más tiempo con ella. La sensación de terminar la escena entre risas me molesta, pero podría haber terminado peor, una teatralidad de 72 horas. Se me ocurre invitar a la policía a un café, pedirle el número, pero desisto.

Salimos al mundo real a las once de la mañana, la luz hiere nuestros ojos y cepilla el mundo a nuestro alrededor, los edificios y las calles relumbran. Caminamos por la misma ruta por la que pintamos y tomo algunas fotos de los estragos de pintura. Ahí están firmes los *tags* y las bombas.

Cuando la policía me sintió llorar se compadeció, me tranquilizó varias veces, me dice Andrea con malicia. Le digo que los españoles no tienen humor, que son directos, tiesos. Sobre todo si son policías. Nos reímos en su cara y ni cuenta se dieron, dice, se sonríe. Me hacía falta algo así, aquí no pasa nada. Yo acostumbrada a la candela de la selva en Colombia y acá estoy en cautiverio. Gracias por la noche.

Fue un buen teatro hasta lo de Fallarás, digo. ¿De todas las personas que podías llamar se te ocurre una mujer de izquierdas, activista y perseguida por Vox?, le recrimino. Yo sé cómo hacer mis cosas, responde Andrea, con solvencia.

Caminamos con los ojos aporreados por el sol diabólico, con una extraña sed en nuestras gargantas. ©



BAILA LA SELE

por ESTEFANÍA CARVAJAL

Todos vimos el video y fue imposible no ilusionarnos. Nos ilusionamos los colombianos y, con nosotros, la gente del mundo que sueña con el triunfo de los más débiles. El juego con Uruguay había sido una batalla a muerte. El gol de Jefferson Lerma —uno de esos cabezazos mágicos que viene anotando— nos llenó de lágrimas en el minuto 38: éramos virtuales finalistas; pero para el pitazo final faltaba mucho juego con un bicampeón del mundo que también venía de ser el mejor en su grupo. Desde entonces no hicimos más que sufrir: ellos en la cancha y nosotros en las casas, en las tiendas de barrio, en los bares, en los parques de los pueblos: nunca Colombia tan junta como esa noche en que diez hombres de amarillo derrotaron a los uruguayos y celebraron en el camerino bailando unos pasos imposibles, alucinantes, colombianísimos, como si el partido hubiera sido apenas el calentamiento de la fiesta.

Al ver el video de la celebración, pensé que no había forma de que esos hombres extraordinarios volvieran a casa sin la Copa América: una fe casi mística empezó a sembrarse en mi corazón y en el de los que me rodeaban, y de pronto en el país no ocurría nada más que la larga espera de la final imposible contra Argentina. Debíamos ganarle al campeón del mundo porque perder sería una fatalidad nacional: la derrota misma del entusiasmo hecho carne que baila.

El fútbol y la danza tienen en común muchas cosas. Ambas disciplinas requieren de un cuerpo vital, atlético, y en ambas la relación con el espacio y los otros es fundamental. Es un asunto de proximidad, según me dijo Rafael Palacios, fundador y director de la corporación Sankofa, que se dedica a la formación y creación de danza afrocolombiana.

La proximidad es un concepto que aparece aplicado en las artes escénicas, la danza, el automovilismo, el boxeo, en fin, en todas aquellas disciplinas, oficios y deportes que ponen al propio cuerpo en un espacio determinado en relación con los demás. La proximidad es lo que ocurre en el cuerpo cuando aceleras el paso en una calle oscura en la que de pronto aparece una sombra, pero también la sincronía de los amantes que llegan juntos al orgasmo.

“El fútbol y la danza son familia, son la misma fuente —explica Rafael—. Cuando nosotros —las personas negras— no podíamos hablar, en el tiempo de la esclavitud, con el cuerpo se hablaba. ¿Qué secretos estaban diciéndose los esclavizados que sus amos no podían escuchar? La danza, definitivamente, crea un lazo de comunicación muy fuerte entre las personas, y esa comunicación también se da en el fútbol. Con una mirada, con un gesto, saben que van a recibir el balón. Eso mismo pasa en la danza. ¿Cómo bailo yo con mi pareja sin tenerle que decir hacia dónde girar?”

Además, dice, el fútbol es una coreografía.

Una coreografía como el gol de Lucho Díaz en el partido contra Panamá, que, según el propio guajiro, ya estaba ensayada, o como el rastastas de la selección Colombia en el mundial de Brasil 2014, cuando llegamos a los primeros cuartos de final de la historia tricolor y soñamos con vencer en su propia casa al rival más fuerte del continente.

“A mí me encanta cuando los futbolistas están bailando o celebrando los goles, la victoria o incluso la tristeza a través de la danza, porque si bien son futbolistas profesionales, reconocen la cultura artística danzaria del pueblo al que pertenecen. Y para mí, como bailarín y coreógrafo, por supuesto que es importante. Que las personas negras

puedan celebrar a través de la danza”, opina Rafael.

Pero no a todos les vienen muy en gracia los bailes de la selección. A muchos jugadores, pero a Yerry Mina, en particular, le han caído críticas de esas que susurran por ahí, escondidas en cuentas anónimas de redes sociales. Los comentarios son de la misma naturaleza de los que suscitaron actos como el de Enzo Fernández, que cometió la estupidez de grabarse cantando una canción a todas luces ofensiva y completamente innecesaria.

Para Rafael, esas críticas tienen un nombre y ese nombre es racismo. “Eso molesta mucho: que a unos hombres negros, hablando de masculinidades, no les dé vergüenza bailar”. Que no les dé vergüenza abrazar sexualidades y corporalidades diversas; que quiebren la cadera y las muñecas sin miedo a que un tarado se las monte.

Hay algo de femenino en los movimientos de la salsa choke y el exótico, que es lo que bailan, en una mezcla de pasos a veces difusa, los jugadores de la selección. Ambos ritmos tienen en común que son actualizaciones hechas por jóvenes de los bailes tradicionales de sus regiones. En Sankofa, me cuenta Rafael, los llaman “ancestros del futuro”.

La salsa choke, en el Pacífico Sur, es un encuentro de la salsa con el *tumpa tumpa* del reguetón, y tuvo su momento de oro cuando la canción de Cali Flow Latino —el famoso *Ras tas tas*— se consagró como himno nacional en el mundial de Brasil.

El ritmo exótico, un poco menos conocido en otras regiones de Colombia, es del Pacífico Norte. Nació en las calles de Quibdó, primero como baile sobre cualquier música que les permitiera quebrar las articulaciones, y después como mezclas de DJ locales que partían de canciones de reguetón o salsa para

convertirlas en temas más energéticos, con trompetas y percusiones como protagonistas —algo similar a lo que ocurre con la nueva guaracha—.

Finalmente, el exótico se consolidó como ritmo cuando los artistas chocanos empezaron a crear canciones desde cero, por y para los bailarines de Quibdó. Quizás la más famosa —y el videoclip que mejor resume el espíritu del exótico— es *Fiesta Acústica*, de Luis Eduardo, Yilmar Dresan, DJ F Mix, Brayan DJ y un combo de bailarines chocanos que demuestran “el jolgorio que nos caracteriza”, dice la descripción del video de YouTube.

Once de los veintiséis jugadores colombianos convocados para la última Copa América son del litoral Pacífico —cinco del Chocó, tres del Cauca y otros tres del Valle de Cauca—, y cinco más vienen de la costa Caribe. Para todos ellos puede ser imposible imaginar una celebración sin danza, una vida sin cuerpo. Y no tiene que ver con el color de piel —“no debemos caer en los esencialismos de que todos los negros saben bailar, todos los negros saben jugar fútbol o todos los negros son basquetbolistas”, sugiere Rafael—, sino con la tierra en la que nacieron y los tíos que les enseñaron los primeros pasos y los actos cívicos del colegio y las fiestas de quince de las amiguitas del barrio y el fútbol descalzo en cancha de arenilla y el *exotiqueo* en el parque, en la calle, en el garaje, en el zaguán, y todo lo que se lleva adentro del lugar en el que uno aprendió a amar la vida y a celebrarla.

Esta selección orgullosamente negra nos llevó a soñar con levantar la Copa América por segunda vez. Solo nos separó de la gloria que los argentinos, aunque de bailarines poco, nacieron con una pelota de cuero pegada a la pierna y un trofeo en el bolsillo. ©

NI RICOS NI POBRES,
CLASE / MELA
PULEP UPI259

EL ÁGUILA
DESCALZA

¡LA NUEVA OBRA!

HASTA
SEPTIEMBRE 7
JUEVES A SÁBADOS 8:00 P.M.

TEATRO
PRADO

ESCANEA
PARA
COMPRAR:



BOLETAS EN:
 **BOLETAENMANO.COM**



DELE UNA LIGUITA A UNIVERSO CENTRO

Cualquier
cosita es
cariño



Hacer un periódico es caro y difícil.

Ayúdenos a seguir existiendo para que cualquier persona pueda leer, disfrutar, criticar y manosear nuestras historias.

Entre a tienda.universocentro.com
o done en este código QR.



Ahorros Bancolombia
310-846146-21

Canaguar 
Revista de cine colombiano

Una publicación de
cinéfagos.net

 canaguar.cinefagos.net

XIII

Entre las cosas que la técnica industrial ha producido,
la nevera es un artículo de primera necesidad en la casa.
Sin ella los alimentos se dañarían en pocos días,
en quizá horas.
Si no existiera la nevera,
sin duda alguna los más perjudicados seríamos
los de las comunas pues comeríamos cuatro, cinco días,
y el resto del mes se viviría del clima
que desnutre y embrutece.
La nevera es una reina en la familia: conserva
Los frisoles hasta ocho días;
En su vientre la carne no se descompone,
y una sopa puede conservar su sabor hasta dos días.
En su rincón en la cocina, la nevera
imponer su presencia sobre los demás objetos.
La mayor tristeza en una casa es abrir la nevera
y verla vacía, y se puede decir que abriendo
la nevera se sabe lo que se come. Por eso es muy
feo llegar a una casa de visita y abrir la nevera.
Una nevera sin alimentos en sus compartimientos es triste nevera.
La nevera tiene corazón, un corazón invisible.
Con la nevera se tiene hielito
para una sed de rumba.
La nevera es la reina de la casa, y que me perdonen
la estufa y la plancha, el equipo de sonido,
la licuadora y el televisor.
Una nevera es una nevera. Con ella el mercado
más rinde, ahora que la mujer tiene que guerrear
hombro a hombro con el marido para mantenerla
surtidita, con los alimentos gozando de buena
protección para por la tarde, cuando se llega a la
casa a descansar, no es sino llegar a calentar y a
comer, lo que hace la nevera sea una mujer gorda
en la cocina con la cual somos desagradecidos: se acaba
y no se le dan las gracias por conservarnos de comer
los alimentos en su sabor.
Por la nevera doy la batalla en este planeta o en otro.
Con cariño, a la gordita de la cocina
cuido sus cauchos interiores y la descargo para
darle su descanso de mes a mes.



MORAVIA

Fotografía por Juan Fernando Ospina

El recuerdo aún está fresco, maleable. Los lagos y cañaduzales son la primera memoria de la llegada a esos rastrojos cerca del Jardín Botánico. Parece que el tren aún existiera y pasara a unos metros de su casa. La alegría de las seis de la mañana esperando algo que cayera de las ventanas del tren de lujo. Moravia dormía al pie del basurero que le permitió a su familia hacer una vida en la ciudad. Los rieles eran lo único reluciente en el vecindario. Pero el tren también

era huracán y soberbio. No atendía reclamos ni gritos ni afanes ni descuidos. Soltaba su pitido y seguía de largo, ciego y estridente.

Gladis Rojas tenía seis años cuando llegó con su familia a Moravia. Una cuadra que se pagaría con la siembra de legumbre y la recolección en el basurero. El tren era el gran personaje del barrio. Pero de pronto se enteró de que no solo dejaba ropa usada, confites o galletas a su paso. También había despojos entre los rieles. Hombres y mujeres que venían de barrios arriba y no tenían

en su mente ni en sus oídos los ritmos y los gritos del tren. Había que limpiar las vías. “Si usted me limpia esos restos, yo le doy algoito para que merque”, le dijo un maquinista del ferrocarril a su padre. La clave para el desastre era sencilla. Cuando el tren pitaba tres veces había trabajo pesado en la vía. El tren entregaba la señal y su papá salía con un costalito a buscar los restos más grandes de los cuerpos. Gladis y sus hermanos recogían detrás de su padre los pedacitos que quedaban. “Vamos a hacer una obra de caridad, no tengan

miedo”, decía su mamá, “solo vamos a darle cristiana sepultura a lo que queda de estas personas”. Salían temprano a buscar dedos y orejas entre los rieles para después llevarlos al morro, enterrarlos y ponerles una cruz encima. Gladis lloraba en las noches pensando en esas recogidas.

Hace poco participó de un taller de cerámica y pudo moldear esos recuerdos que antes fueron sus pesadillas. El barro ya está seco en el altar de Gladis Rojas. Ni los tres pitidos pueden cambiar sus formas. ©

FESTIVAL de **FILOSOFÍA** 2024 *ENVIGADO*

¿QUÉ SERÁ
EL AMOR?



**22-24
AGOSTO**

ENTRADA LIBRE
INSCRÍBETE EN

WWW.COMFAMA.COM/FESTIVALES/FILOSOFIA

APOYA:

Otra?arte
Parque Cultural
y Ambiental

UNIVERSIDAD
EAFIT

FILOSOFÍA&CO herder

ORGANIZA:

Alcaldía de Envigado
Secretaría de Cultura

comfama

VIGILADO SuperSubsidio